



¿VERDES Ó NEGROS?

CARTAS LITERARIAS

CARTA I

Á mi amigo Alfonso Tobar.

Amigo Tobar: Eres un Luzbel del sentimiento, mezcla de resplandores y de tinieblas, de noche y de día; eres Apolo de las sombras y Satanás de la luz. Sueñas con mundos de materia que tienen formas incorpóreas y buscas las perlas en el cielo y desprecias las costas nacaradas donde te esperan recostadas en sus palacios de espuma. Mil veces he pensado en los extravíos de tu fantasía y ahora me ocurren nuevamente, recordando una extravagancia tuya que en vano traté de explicarme. Tú me has confiado esta contradicción de tu sentimiento: eres poeta, soñador, persigues sombras transparentes y luminosas y, sin embargo, prefieres el rayo de pasión de unos ojos negros, al amor alado é impalpable que flota armado de misteriosas flechas en la mirada inmensa é impenetrable de unas pupilas de esmeralda.

Hoy he tenido un sueño que trae á mi memoria esta tu extraordinaria manía. Soñé con el origen de los colores..... ¿Te ríes?.... Yo no creo que tú profeses la perversa creencia que han esparcido los físicos y niegues que los colores existen. Los hombres de ciencia son terribles y estoy ya harto de

oirles murmurar que el corazón es una víscera hueca, que los ojos son aparatos de óptica y los nervios hilos telegráficos. Son muy malos los sabios; ¡mira tú que decir que el oro de las trenzas de una rubia es deleznable materia que llaman *pigmentum* y afirmar que la esmeralda de las praderas y el verdor de los bosques es otra cosa que dicen *clorofila!*

No creas á estos hombres orgullosos que quieren saberlo todo y niegan la comunicación de Dios con sus criaturas y mezclan el latín y el griego con las matemáticas para buscar lo que no podrán hallar nunca.

Los colores son pinceladas de Dios en el caos, para embellecer este mundo, donde alimenta los pájaros y los hombres, las flores y las estrellas.

Dios quiso un mundo verde y azul: verde sería el suelo, azules los cielos; pero el Todopoderoso tuvo un momento de vacilación entre los colores divinos y entonces nació el mar, que es la duda entre lo azul y lo verde. En un principio el todo era la nada; la nada eran las tinieblas; y las tinieblas eran negras. Dios hizo el mundo del no ser y los colores del negro. Conservó la nada en el vacío y la negrura en la tristeza.

Pintó de negro las razas malditas, la conciencia de los malvados, el corazón de los verdugos, la toga de los jueces, la intención de los condenados, los ojos de la lujuria, las nieblas de la noche y los ropajes de la muerte.

Entonces el negro se volvió gris, y el pincel divino trazó en el cuadro del mundo las pupilas del usurero, las ansias del envidioso y las dudas del escéptico.

El gris se hizo transparente y fué cambiándose en rosado.

El Omnipotente sonrió al ver aparecer la rosa, y de esta sonrisa surgieron los reflejos del nácar, los sueños de los niños, los cuentos de las hadas, las ilusiones del adolescente, las nubes de la aurora, las mejillas de la virgen y los cojines de aljófara en que se recuesta el sol.

La mano divina sacudió los pétalos de las rosas recién creadas, y en el amoroso seno de los cálices se mecieron por vez primera deslumbradoras esmeraldas. El Padre bondadoso de los mundos llegaba al punto más bello de la divina paleta: un nuevo color enriqueció la cromática creada y la tierra se es-

tremeció para cubrirse de verdores. El Cosmos se sintió orgulloso de sí mismo, porque el Eterno fundía las esmeraldas en un sol y teñía los cármenes de Granada, las huertas de Valencia, los valles de Suiza, los pinares de las montañas galaicas y los dulcísimos ojos de las mujeres hermosas.

¡Qué amables eran los tonos oscuros del robledal y la selva y los matices claros de las nuevas hojas del almendro y de las delgadas matas en que se cimbreaba el clavel! El Creador estaba satisfecho de aquellos tonos y aquellos matices, y con ellos pintó el laurel de la victoria y el olivo de la paz, y con ellos vistió la Esperanza, virtud única que quedó en la tierra cuando huyeron todas hacia el cielo; porque la Esperanza gusta de vivir en el suelo con los céspedes sus hermanos.

Dios prodigó, por doquiera, su color favorito. Un rey hubiera hecho un mundo de oro; un artista lo hubiera fabricado de turquesas y amatistas; las mujeres quisieran un globo de granates, topacios y corales; Satanás hubiera imaginado una esfera de carbón. ¡Sólo Dios pudo crear un mundo de verjeles teñidos con el color sublime de la poesía y el misterio!

El Supremo Hacedor quiso mostrar á las criaturas la belleza de la riquísima alfombra del planeta. Hizo la luz. Quitó de su diestra un anillo y le ordenó que produjese rayos de oro, y aquel anillo fué el Sol. Iluminó una lágrima de plata, la suspendió, cual lámpara, en el firmamento y le dijo: «Alumbrarás á los mortales, cuanto yo retire mi anillo para no cegarlos con sus resplandores continuos.» Aquella argentina lágrima fué el astro de la noche: Grecia creyó que era una diosa; los sabios la calumniaron llamándole opaca; los poetas y los enamorados le cantaron sus cuitas; las personas vulgares le llamaron Luna.

Flotantes el esplendoroso Sol y su tímida y casta compañera en los espacios infinitos del vacío, el Autor de lo creado hizo surgir todos los colores posibles, para que rindiesen culto al verde, que matizaba el mundo. Entonces aparecieron frutos de oro entre las hojas del naranjo, el granado y el limonero; entonces nació la nieve en los pétalos del jazmín y la azucena; entonces se tiñó de rosicler la clavellina, de rojo la amapola, de azul el lirio. El pensamiento y la pasionaria se

cubrieron de matices raros, y envidiosas las demás plantas, mezclan á capricho los rayos del iris en las hojas de las corolas y en las películas de los frutos.

El Cosmos era acéfalo. Dios lo sabía, y creó un organismo perfecto que dominase la gran máquina. Dios creó la mujer, que es la criatura perfectísima; después la castigó á ser madre, porque, orgullosa de sí misma, se miraba demasiado en las fuentes; y nacieron los hombres, que son mujeres imperfectas.

Los jazmines y las rosas formaron las mejillas de la mujer primera; la granada entreabierta y la roja amapola se combinaron con el coral para animar sus labios; la azucena cubrió los pechos y la espalda; los rayos del sol se convirtieron en cabellos; los iris de los ojos fueron reflejos de esmeralda, y la mirada fué un hálito de espíritu divino inspirado por el Creador mismo.

El mundo era hermosísimo, y los ángeles querían escapar del paraíso para las más bellas regiones del planeta. El Hacedor trató de ocultar los privilegiados verjeles, y cubrió de gasas y encajes de nubes las montañas de Arcadia y de Normandía, de Irlanda y de Galicia. Los ángeles bajaban del zenit y miraban á lo largo del horizonte, Dios cerró también el horizonte con un nuevo festón de vapores. Por eso los países bellísimos tienen un cielo nuboso.

Dios dudó un momento si habría hecho un mundo demasiado hermoso, y pensó en el color del cielo, que había olvidado, contemplando las delicias de la tierra. Hubo un instante en que se mezclaron en la fantasía divina lo verde y lo azul; y esto bastó para que el mar, y la lucha de lo azul y lo verde, cubriese los tres cuartos de las tierras.

El mar era el preludeo del cielo.

Y la bóveda cristalina se extendió súbitamente sobre todas las criaturas.

La tierra elevó protesta sacrílega contra el Altísimo al sentirse anonadada por las aguas. Brotaron los volcanes, y nacieron hombres y mujeres con ojos de carbón y mirada de fuego.

Después las razas se mezclaron y hubo ojos castaños y ojos grises. Estos ojos híbridos y sus padres los negros quie-

ren disfrazarse á veces y se destiñen. Entonces se llaman albinos; pero todos ellos están engendrados por el espíritu satánico.

Los ojos azules no son de Dios ni del diablo; son almas sin movimiento, que robaron sus resplandores á las luciérnagas.

El color divino es el verde.

.....

Este sueño es, amigo Tobar, muy estrafalario; pero has de convenir conmigo en que tiene su fundamento real, como todo sueño, en algo muy verdadero. Este algo es la poesía, la dulzura, la suavidad, el imán de los ojos verdes.

Tú me dirás cómo no te preocupa, siendo poeta, este imán, esta suavidad, esta dulzura, esta poesía.

Tu amigo

LEOPOLDO PEDREIRA.

Madrid 24 Octubre 1890.

CARTA II

Á mi amigo Leopoldo Pedreira.

Decirte que la lectura de tu hermosa epístola me ha encantado, tanto por su estilo brillante como por la aureola de poesía que la envuelve y la oprime (perdóname la frase), sería, creo yo, una extravagancia, por no decir una simpleza. Todos los que ya hemos tenido la suerte de leer tus creaciones, y, fíjate, no digo producciones, estamos convencidos de que vales mucho, y ni uno solo, que yo sepa, ha puesto en tela de juicio tus relevantes dotes de literato. Muchas más cosas diría de tí si no comprendiese que el lector, malicioso de nacimiento, va á suponernos coligados para *bombearnos* mutuamente. Y dicho esto, pasemos al asunto causa de nuestro litigio.

Empiezas tu carta llamándome Luzbel, Apolo, Satanás..... etc., etc., y aunque, si he de ser justo conmigo mismo, me creo superior á todos ellos como hombre, aunque insigni-

ficante como Dios ó como diablo, acepto los calificativos, ó mejor dicho, los símiles, y preparando las uñas y enroscándome el rabo á la cintura, voy á intentar, intentar no más, hacerte comprender la supremacía de unos ojos negros, hermosos y soñolientos, sobre esas pupilas de esmeralda, que son tu sueño, y creo que algo más. Para hacerme caer en la tentación de dejarme vencer, te vales de un sueño que, como tuyo, parece mágico. Me hablas del origen de los colores y sorprendes á Dios, ó crees sorprenderlo, en sueños, por supuesto, en el momento *de coger la paleta y trazar pinceladas en el caos*. Yo, queridísimo amigo mío, tengo demasiados años sobre mi cerebro para poder distinguir de colores; pero valiéndome de tu carta, como de un lazarillo que fuera conduciéndome de la mano por la *pendiente* cuestión, iré, dando tumbos tal vez, pero iré adonde debo ir, como abogado defensor de los hermosísimos ojos color de pena.

«En un principio, dices tú, y está muy bien dicho, el todo era la nada, la nada eran las tinieblas y las tinieblas eran negras.» Luego el color negro existe antes que el mundo. Por eso en la mirada ardiente de unos ojos negros hay un no sé qué de grande, de sublime, de misterioso y de eterno. Son negros, y sin embargo, iluminan el alma. ¿Tú no crees en el alma?....

No negaré yo, por cierto, que las pupilas verdes tienen el color de las esmeraldas; he visto esmeraldas casualmente, y sé que tienen ese color, como sé también que las uvas son verdes y verdes las hojas de los árboles y los tallos de las flores; pero tú tampoco debes ignorar que algo más que todas esas *verduras* son los abismos sin fondo, y las hermosas negruras de la noche. El abismo atrae, y la noche es el tiempo que nos señaló Dios para el descanso de la materia y las incomprensibles vaguedades del espíritu.

En el hermoso *bouquet* admiramos la rosa de aterciopeladas hojas, el clavel rojo, la poética magnolia, la *inocente* azucena, el esbelto lirio, la *casta* violeta, el delicado jazmín; aspiramos en un solo perfume varios perfumes tan distintos como distintos son los colores de las flores que los exhalan. ¿Qué papel hace aquí el color verde?.... Un papel puramente secundario, un papel

de acompañante nada más. Pues bien, ¿qué es el mundo sino el más perfecto, el más delicado bouquet, hecho por Dios para albergue de las criaturas?... Lo vulgar, lo que no interesa, lo que se repite, es siempre lo que más se prodiga y lo que más se exhibe. El color verde no es más que una vulgaridad, pese á Jorge Sand ó á Enrique Heine y á G. Adolfo Becquer. El carbón es negro, y produce la luz, que es la rosa de Alejandría del divino *bouquet*. No niego yo que en un rostro de nácar sientan bien unas pupilas de esmeralda; como sobre un seno de nieve la ligera coloración de la reina de las flores, como sobre una frente amplia y alabastrina el dorado *pigmentum* de una cabellera color de sol y oro. Negar esto sería cerrar los ojos á la luz. Yo desde luego acepto una mujer ó un ángel que reúna todas estas magnificencias de la hermosura. Y sobre todo, Dios, que quiso un mundo verde, no quiso seguramente unos ojos verdes. Yo creo que Eva tuvo los ojos negros, y están conformes conmigo todos los poetas del siglo XIX. Desde luego niego rotundamente que la mujer fuese creada antes que el hombre, y nó puedo por menos de compadecerte al oír de tus labios esta blasfemia espantosa: «Después de ser castigada la mujer por el divino artífice á ser madre, nacieron los hombres, que son mujeres imperfectas»
¡Ecce homo! ¡El homo sapiens de Linneo!

Bien sé yo, querido amigo mío, que sólo tu afán de contradecirme y ponerme nervioso ha sido la causa de que te atrevas á cantar las excelencias de los ojos verdes y negar diplomáticamente el no más allá de los ojos negros. Te perdono y concluyo diciéndote:

De unos ojos negros nacieron los celos.

Los celos nacieron del amor.

Saca tú la consecuencia, y recibe un apretón de manos de tu amigo

ALFONSO TOBAR.

CARTA III

Al amigo Alfonso Tobar.

Mi querido Alfonso: Inspiradas mis cartas en amor inmenso á la sacra poesía y en la amistad que tan de veras te profeso, habrás de dispensar que no conteste punto por punto á tu ingeniosa última, y vuelva á abismarme en los tenues mundos de luz verde, donde busco el rayo sublime que desciende de lo alto para inflamar el corazón del artista.

Te he llamado Luzbel del sentimiento, y hoy debo apellidarte Maquiavelo de las letras. Mientras yo animo mi pluma en la mirada de la virgen que me hizo soñar por vez primera, tú aplicas esfuerzo poderoso de gigantesca fantasía para llevar al campo de la sutileza y el donaire esta lucha de sentimientos y caprichos que ha de decidirse en el pecho sin que la cabeza se entere.

Cuéntame cómo prefieres el negro, pues debe ser esta historia de tu predilección por la sombra una historia tormentosa y horrible. Yo te narraré, á cambio, por qué manera aprendí á sentir la belleza misteriosa de mi color favorito.

Adam, el protagonista de *El Diablo Mundo*, refiere á la Salada sus ansias, y empieza diciendo lo que ahora debo empezar por repetirte para historiar fielmente los ensueños de mi vida:

..... la primera
vez que he pensado en la vida
pensé alcanzar con la mano
donde llegaba la vista.

¿Sabes tú adónde llegó mi vista por vez primera?

Óyeme.

Yo nací en una región de praderas allá en el confín último de las costas de Cantabria. Tan pronto mi alma pudo asomarse á las ventanas de los ojos, vió que estaba rodeada del campo y del mar, del cielo y de las nubes. Vi pinares umbrosos

con el suelo cubierto de hojas y el aire poblado de geniecillos que besan la frente, acarician las sienes y murmuran al oído, con lenguaje de quejas, las ansias indefinibles de etéreos amores. Vi peñales agrestes con grutas tapizadas de musgo y plantas trepadoras. Vi grietas en los peñascos que ocultaban nidos de pájaros tras cortinas de encubridora yedra. Salté el laurel de los setos y atravesé las matas de zarzamora, cubiertas de frutos de abalorio y flores rosáceas sobre tallos espinosos como el camino de la vida y penetrantes como la amargura del desengaño. Llegué á las eras donde la codicia del labriego hizo crecer el cereal de los Trópicos. . . . ¡Qué hermoso está el suelo cubierto de maizales! El maíz es el rey blanco del ajedrez de aquellos campos; el pino es el rey negro. Las puntiagudas panojas, rematadas en borlas de seda, sirven de reclinatorio y pedestal al plumero de oro que corona la planta. Las hojas del maíz son caprichosas como odaliscas: unas veces abrazan cariñosamente el tallo que las sostiene é imitan el tubuloso cáliz de la azucena, cuna perfumada de las abejas; otras veces se extienden tersas y flexibles como bayonetas de los campos y hacen estremecer de envidia las espadañas y las pitas. Un pie de maíz enmedio de las eras, rodeado de mazorcas lucientes y doradas y de cálices verdes y de campestres espadas, semeja un trofeo á la Abundancia, levantado por la Paz y coloreado por la Esperanza.

En Galicia, después del peñascal está el pinar, después del pinar el maizal, después del maizal la pradera. Los prados son frescos y alegres como la sonrisa de una aldeana, y en ellos se besa la ruborosa amapola con la humilde margarita y con la azucena silvestre de amarillo color y penetrante perfume. Las manzanillas se aman unas á otras y celebran sus bodas en secreto, porque las flores de corola más alta no puedan divulgar sus castísimos cariños. El grillo, la cigarra y la rana son atrevidos murguistas encargados de importunar el sueño de las flores.

Ahora, querido amigo mío, deseo que con la mano en el corazón me digas si estas cosas tienen ó no el color divino de los ojos de las náyades y las ondinas; deseo que me digas si estas cosas son ó no bellísimas, y deseo que sigas leyendo, si apren-

der quieres cómo llegó el color que adoro desde mi retina á mi ideal.

Yo empecé á amar el color de los pinos y las praderas como se ama el seno amoroso y puro de madre cariñosa. Este color hermosísimo no terminaba en la tierra, sino que cubría la playa de verdes algas acintadas y tapizaba las rocas con túnicas de confervas. El mar no quería borrar estos tonos de la playa por no interrumpir los amores de inocentes pececillos que tienen allí risueños nidos de conchas nacaradas. Las montañas daban también á las aguas reflejos de color esperanza, porque aquellas traviesas hijas del Pirene gustan de bordar con perlas de espuma su riquísima falda de verdores, y dejan penetrar en los valles de su seno las ondas marinas, ó avanzan en los dominios oceánicos, como sultanas orgullosas que buscan, en la frente de Neptuno, un digno espejo á su hermosura. Por eso las costas de Galicia son sinuosas como las espirales del humo y los desvanecimientos de la ilusión; por eso allí las rías y las ensenadas y las bahías y los senos ostentan el fondo verde de las algas unido al verde reflejo de los montes de las orillas.

Poco á poco se torna azul el mar, hasta llegar á una línea imperceptible en que se besa con el cielo. El mar es espectáculo grandioso, el cielo es espectáculo infinito; pero hay algo más grande que el mar, algo más infinito que el firmamento, y es la unión misteriosa de las aguas y los cielos, de lo azul y lo verde en el límite último del horizonte visible.

Cuando pensé por vez primera soñé con tocar aquel límite; he realizado mi sueño y pude comprender en toda su magnitud la belleza y la poesía de los colores divinos.

¡Delirios! dirás tú. ¡Quimeras de imaginación febril! ¡Tocar el infinito! ¡Medir lo inmenso! ¡Encerrar el Iris!....

Permíteme, Alfonso querido, que te interrumpa. ¿No sabes que es el espíritu un infinito de infinitos? ¿No sabes que cada alma y cada sentimiento tiene un color, un matiz, un acento y un perfume?.... Pues si lo sabes, no debe extrañarte que aquel límite sublime que ansié tocar llegase un día á aparecer deslumbrador y majestuoso, pero cercano y asequible á mi amor y mi admiración.

Fué un día grabado con letras de luz en los recuerdos de

mis dichas. Vi un alma de virgen, es decir, un cielo azul, puro, transparente, inmenso, y lo vi á través de unas pupilas verdes, de un mar de reflejos, con ondas de diafanidad cristalina y enjambres de rayos de estrellas.

Así debieron ser los ojos de Minerva, aquella diosa que salió armada de todas armas del cerebro de Júpiter. ¿Qué digo? No debieron ser, sino que fueron, porque así lo dice la leyenda, y porque una deidad cubierta de bélicas galas no pudo olvidar la hermosura que subyuga los áspides y embota las lanzas. Y si Minerva era hermosa, Minerva tuvo, no lo dudes, las pupilas verdes, con transparencias marinas.

Los prodigios de la tierra, las inmensidades del mar, la pureza del cielo, todo se junta y se completa, todo brilla y se funde en los ojos verdes de virgen bellísima. ¿Quieres que no los ame?

Opones á la franca explosión de mi natural sentimiento argucias de rábula y teológicas sutilezas. Dices que el negro es preferible á otro color porque es el primero de todos: discutiendo así, sería preferible la nada al ser, la muerte á la vida, el suicidio al goce. Dices que el abismo atrae. ¿Ignoras que para atraer cubre sus bordes de verde? ¿No has oído llamar al vicio sima rodeada de flores?

Mira, Alfonso, tú te enardeces en la lucha y llegas á olvidarte de lo que debemos á la verdad sacratísima. No creo que, á pesar de *tener demasiados años sobre tu cerebro*, no distingas de colores. Tú, por mucho que vivas, apreciarás siempre no sólo el color, sino el tono, el matiz, el arrebol, la sombra, la irisación, el tornasol, la penumbra, el brillo, el reflejo..... Eres poeta, y la poesía es néctar que inspira, licor que conserva, arte que aguza, hada que guía, gnomo que alumbra y mensajero divino encargado de mostrar al elegido los primores de las cosas que el vulgo no puede ver. Eres poeta y aprecias las fajas del Iris, y aquilatás el perfume de las flores, y amarás el color de los campos, ese color que motejas de vulgar y repetido. Lo frecuente es lo hermoso, y por eso el mundo es bello: el hombre es el organismo más perfecto y el más común en el mundo; las áureas espigas, caprichosos bombones en que Dios ofrece el pan, forman un mar que cubre el mapa desde Egipto cálido hasta las faldas ásperas de los Dofrines coronados

de hielo. La vid tiende su red de pámpanos y sarmientos, de cepas y racimos desde el abrasado Delta hasta la poblada campiña de la antigua Lutecia; los ramilletes no son ramilletes si la hábil mano de diestro jardinero no mezcla las flores con hojas y capullos, con tallos y cintas, que recuerden el color del campo de que proceden.

Tú mismo te vendes, comprendes la razón de mi causa, y al final de tu carta entonas inspirado himno á la hermosura de Minerva, de los ondinas y las náyades.

En vano tratas de llamarme blasfemo, por mi firme convicción de que la mujer fué creada antes que el hombre. Finges olvidar que los seres fueron en un principio perfectísimos, y que sólo el pecado hizo que naciesen los monstruos.

La creación empezó en la mujer, y la mujer primera tuvo ojos verdes. ¿Quieres una prueba? Cuando Adam pecó, aprendió en un momento todas las malicias que nosotros sabemos ahora, y trató de obsequiar á su esposa con espléndido regalo (regalo de novio en día de tornabodas); entonces le dió un traje de hojas de higuera, que era el raso verde de aquellos tiempos. Y cuenta que Adam tenía en el paraíso armiños de blanco pelo y negra manchita, propios de mantos reales, y tenía los pájaros raros de caprichosas plumas, y tenía el castor y la vicuña, y la oveja merina y la cabra de Cachemira.

¿Por qué eligió nuestro primer padre el traje verde? Claro está que Adam tuvo esta idea por la mañana impresionado por las emociones de aquella noche en que la humanidad fué engendrada; noche de amor que pasó Adam, minuto por minuto, observando las estrellitas del cielo pintadas en los ojos de Eva. Luego estos ojos eran verdes, ó de lo contrario Adam vistiera á su adorada con frutos de endrino, ó cuentas de azabache, ó finísimas láminas de brillante ébano.

Termino aquí mi carta esperando que contestes, convencido de tu error poético en punto á colores, porque ahora resulta que ni los celos son negros, pues he leído en Manzoni que los celos son «el monstruo de verdes ojos.»

Tuyo siempre

LEOPOLDO PEDREIRA TAIBO.

Madrid 31 Octubre 1890.

CARTA IV

Á Leopoldo Pedreira.

Ya sabía yo, mi nuevo Lamartine, que habías de contestarme en el tono que lo haces, esquivando respuestas categóricas y derramando sobre el papel tesoros inapreciables de erudición y de lirismo.

Me pides que te explique el *por qué* de mi predilección por el color negro, y á fuer de galante y cumplido caballero, empiezas dándome el ejemplo, narrando, cual tú solo puedes hacerlo, cómo aprendiste á sentir la belleza misteriosa de tu color favorito.

Antes que sepas «adónde llegó mi vista por vez primera,» voy á hacerte una advertencia. La *Salada*, á quien *Adam*, el protagonista de *El Diablo Mundo*, refiere sus ansias infinitas y sus deseos insaciables, tiene los ojos negros como las hopas de los condenados. ¿Cómo, de no ser así, había de amar al sublime atleta con pasión tan inmensa?

Dicho esto, óyeme:

«Yo nací en Andalucía
entre terrones de sal.....»

Tan pronto mi espíritu pudo asomarse á mis ojos, vió que estaba rodeado del mar y del abismo, del cielo y del infierno. Vi al lado de celestiales verjeles, con el suelo alfombrado de amapolas silvestres, sombrías [montañas coronadas de nieve; más allá del bosque, exuberante de verdor y poesía, las tapias oscuras y terrosas de un cementerio, donde concluyen las miserias y las grandezas de los mortales. Cerca del manso arroyuelo que serpentea entre las flores, el agua que se precipita desde lo alto de un peñasco cortado á pico y cae allá en lo hondo como un gigante arrastrado por el huracán. Vi, al lado de la miseria, la opulencia, detrás del deseo el hastío, abrazados en lecho de espinas y espumas el vicio y la virtud, y cubriendo á la maldad la opulencia, mientras el trabajo ge-

mía desnudo y despreciado y proscrito. Vi cómo las olas que antes besaban humildes y amorosas las menudas arenas de la playa perseguíanse ahora unas á otras convertidas en montañas azuladas para ir á romperse deshechas en espuma en las crestas deformes y gigantes de las rocas de granito. Vi por la mañana partir las barcas pescadoras meciéndose sobre la superficie de las tranquilas aguas, las seguí mar adentro hasta creerlas, desplegado el velamen, blancas gaviotas, y en vano esperé hasta medianoche; ¡las pobres barcas no volvieron á tierra! ¡Las profundidades del mar guardan para siempre las últimas oraciones y las últimas blasfemias de los míseros pescadores!.... Vi el cielo ayer azul y diáfano, surcado allá en sus bordes por nubecillas de oro y grana, y hoy encapotado, sombrío, preñado de nubarrones cenicientos que guardan en sus entrañas la tristeza y la muerte, el vapor y el rayo. Vi al venir la primavera vestirse los árboles de hojas verdes y las praderas de lustroso musgo y aromáticas flores campestres; elevarse hacia el cielo las plantas trepadoras, depositar en sus cálices, las campanillas azules y blancas, los secretos de sus amores; abrir sus labios de mujer hermosa la roja *clavellina* y lavarse las mejillas con el rocío de los cielos la rosa de Alejandría y la de pitiminí; vi la violeta oculta con su hábito morado, saturando la atmósfera de perfumes y esencias; cubrirse el almendro de florecillas blancas como la nieve y los naranjales de ramos de azahar; y frenético de amor y repleto de delirios y extasiado ante tales grandezas, me sorprendió el invierno triste y frío, secando el musgo, marchitando las flores, convirtiendo los árboles en esqueletos horribles con infinitos brazos..... Y entonces mi espíritu lloró, y fueron sus lágrimas perlas negras de valor inapreciable.

¿Y para qué decirte más? Tú sabes que soy enemigo mortal del bullicio y de la luz. La luz hiere á la miseria y las sombras la ocultan. ¡Bénditas sean las sombras!.... Amo el color negro porque es la causa de todo cuanto existe, y porque la muerte, que es el principio de la vida, nos cierra los ojos sin duda para resucitarnos en las tinieblas. Adoro el color negro porque vi echar tierra sobre el cadáver de mi santa madre, y en aquella sepultura que he regado con mi llanto, reina la so-

ledad y la negrura; amo el color negro porque las penas son de ese color, y es preciso llorar mucho en esta vida para no aburrirse de alegría..... Ya ves si tengo razones en que fundar mi predilección por ese color, que envuelve el todo de todo.

Allá en los dorados tiempos de mi ingrata juventud, cuando yo soñaba despierto como tú sueñas hoy, amaba ya un ideal que vivía en mi cerebro y llenaba en absoluto mi pensamiento. El corazón había erigido un altar á esta hermosa visión y yo hablaba con ella hincado de rodillas, mirándome en sus ojos negros y soñolientos.....

También yo, querido amigo mío, hallé sobre la tierra la encarnación real de mi eterno sueño: ¿cómo quieres que deje de amar los ojos negros?

Convéncete que estás en un error: los ojos verdes son siniestros, los negros revelan un alma grande y diáfana.

Voy ahora á contestar á algunos puntos de tu anterior epístola.

Sigues sosteniendo por tesón, á juicio mío, que la mujer fué primero que el hombre y que los hombres son mujeres imperfectas. ¿Para qué he de esforzarme en probarte lo contrario, cuando tú mismo, momentos antes de ratificarte en tu descabellada aseveración, dices lo que copio al pie de letra? «.....Lo frecuente es lo hermoso, y por eso el mundo es bello; el hombre es el organismo más perfecto y el más común en el mundo.» ¿Lo ves? No has podido contenerte y te has derrotado á tí mismo. *El hombre es el organismo más perfecto de la creación.*

Me niegas también que Eva tuviese los ojos negros y llegas á creerte cándidamente que las pruebas que aduces para sacarme de tamaño error son incontestables. ¡Pobre Leopoldo! ¿Ignoras tú que la manzana fué causa de la perdición de la Humanidad entera? Pues las manzanas son verdes, no tienes más remedio que confesarlo, y dicho esto, resulta claro como la luz del día que Adam hiciese abstracción completa del armiño de blanco pelo y negra manchita, de las caprichosas plumas de las aves, del castor, la vicuña, la cachemira, el endrino, el azabache y el ébano..... Aquel traje de hojas de higuera fué elegido por él como justo castigo á la perversidad de su

amada compañera. Además, ¿no son verdes también las serpientes?..... Acuérdate del papel que hizo la *arrastrada* en la primer tragedia humana representada con gran éxito en el Paraíso terrenal.

Te quiere, aunque no lo mereces, tu buen amigo

ALFONSO TOBAR.

(Se continuará.)





LOS DERIVADOS DEL PETRÓLEO

SEGUNDA CONFERENCIA

CONCLUSIÓN (I)

Es la continuidad la principal característica del fenómeno químico, y en virtud de ella acaecen todas las transformaciones de los cuerpos, porque si en cierto sentido les señalamos límites, es mero artificio, indispensable para su estudio, que ni el llamado estado inicial ni el estado final son principio y término de un fenómeno, sino tránsito de una posición de equilibrio á otra más ó menos inmediata. Como al más pequeño cambio del más insignificante de los seres responde la Naturaleza entera, haciéndose solidaria de la metamorfosis, así en este cambio de estado, verdadero modelo de ciclo irreversible que denominamos fenómeno químico, cada uno de los términos que en él entran—y son muchos por ser función de multitud de variables—se modifica y cambia á cada punto, dando por resultado, antes de llegar á la forma que consideramos definitiva, acaso por ser y representar un equilibrio más estable, variadísimas formas, correspondientes á cantidades de energía gastadas, ó mejor dicho, transformadas en lo que se llama estados intermedios. Sábese que, conforme al principio

(1) Véase la pág. 269 de este tomo.

del trabajo máximo, la tendencia constante del fenómeno químico es llegar á aquel estado de equilibrio, á aquella posición que al mayor gasto de calor corresponde, y así, cuando no hay obstáculo que á ello se oponga, los cuerpos se unen, constituyendo aquella combinación en que mayor cantidad de energía se invierte, bien como una masa cualquiera, abandonada á la acción de la gravedad, no encontrando obstáculo en su camino, llega á la superficie de la tierra, que es lo que representa el mayor desarrollo de fuerza. Hemos de admitir, por lo tanto, que de igual suerte que la gravedad se manifiesta por la tendencia á dirigirse al centro de la tierra que en todos los cuerpos reside, la afinidad, resultante al cabo de cuantas acciones se ejercen entre los elementos primordiales de los cuerpos, á la continua se denota por su tendencia á combinarse, formando aquellos que exigen mayor gasto de energía, medida en unidades de calor. Ahora bien, así como ninguna masa, aun en la superficie de la tierra, se sustrae á la acción de la gravedad, el equilibrio químico que representa el trabajo máximo, si se puede considerar estable, no es definitivo, y de ahí que pueda experimentar constantes y trascendentales modificaciones. Á ellas pertenecen los casos de polimería y los compuestos pirogenados, donde se observa á maravilla la tendencia á formar homólogos y, sobre todo, á llegar hasta aquel más estable equilibrio representado en el carbono.

De esta idea de continuidad se origina la noción importantísima de las reacciones llamadas incompletas. Al punto se concibe lo que han de ser semejantes estados intermedios, que me permito nombrar *equilibrios provisionales*, considerando cómo actúan el calor y la presión sobre los carburos de hidrógeno. Desde las memorables lecciones del famoso químico Henri Sainte-Claire Deville, sábese de qué suerte, por meras acciones térmicas, se resuelven los cuerpos en sus elementos, saliendo éstos dotados de un poder de afinidad que no tenían aislados, pudiendo permanecer así en contacto de la porción de cuerpo no descompuesta y siendo capaces de contraer nuevos y firmes lazos. Por otra parte, y además del fenómeno de la disociación, el calor y las presiones provocan la constitución de isómeros que representan, al cabo, condensaciones y

trabajos muy variados, equilibrios intermedios para llegar á aquel considerado definitivo, que responde al trabajo máximo de la energía, cuando se invierte en cambios de estado químicos. Mas no es ésta la sola manera de constituirse los cuerpos isómeros, y baste recordar cómo se definen la metameria y la kemomeria; de suerte que, en virtud de fenómenos más trascendentales, debidos al calor y á las presiones, quedan residuos capaces de unirse entre sí ó de substituir á ciertos elementos en otras combinaciones, siempre que á la substitución corresponda mayor gasto de calor. Es asimismo posible, en especial tratándose de fenómenos acaecidos entre cuerpos que forman serie homóloga, que al constituirse los diversos términos, lo hagan en virtud de metamorfosis incompletas, sobre todo cuando las reacciones son pirogenadas, y buena prueba de ello son los gases que acompañan al petróleo bruto, verdaderos restos de combinaciones hidrocarbonadas más complejas y difíciles. Y no se ha de olvidar tampoco que la presión ha de modificar de modo notable el mecanismo de los cambios de estado, siendo, de una parte, causa de condensaciones, y de otra, considerable resistencia opuesta al trabajo total de las energías, por donde vienen á constituirse las reacciones incompletas, en cuya virtud se explica no sólo que en el seno de la tierra puedan formarse y almacenarse masas de cuerpos homólogos como el petróleo, sino que en los diferentes períodos de la destilación fraccionada aparezcan también mezclas que representan estados de equilibrio provisional, á veces tan próximos que sólo el punto de ebullición diferencia unos de otros.

Añádase á lo dicho la posibilidad de nuevas reacciones entre los residuos y elementos de las calificadas de incompletas, y puede formarse idea de un género de cambios y transformaciones bastante complicadas, que hallan perfecta explicación en los principios generales de la Termoquímica, á su vez fundamento del principio del trabajo máximo.

Se comprende, de la propia suerte, que las reacciones incompletas pueden ser simultáneas, sin más que recordar el mecanismo de la disociación, porque es posible que un cuerpo se desdoble en otros varios, al parecer sin analogías ni seme-

janzas, siempre que los equilibrios químicos resultantes sean compatibles, es decir, mientras puedan coexistir, y este linaje de metamorfosis es de tal manera importante, que consiente establecer lazos muy permanentes entre los hidrocarburos de las series grasa y aromática.

Es ya un hecho elemental la síntesis del acetileno, partiendo de sus elementos; sábese cómo es preciso invertir cierta cantidad de energía en el trabajo que pone al carbono en estado de combinarse; se conocen las condensaciones sucesivas del acetileno, y se comprende que cuando aquéllas no pueden realizarse por entero, han de originarse estados intermedios, y á tiempo que tales fenómenos acaecen y, por ejemplo, de un lado aparecen derivados del etileno y de otro carburos ben-zínicos, se producen de necesidad canfenos, en virtud de su carácter intermediario y de las reacciones de parentesco antes citadas, que á las series fundamentales los enlazan. Coexisten de esta manera cuerpos muy distintos, formados acaso de residuos de síntesis, y de la propia suerte, al actuar el calor sobre la masa hidrocarbonada, donde sólo se descubren carburos de la serie grasa, ó al someterla á los reactivos, se originan nuevos grupos hidrocarbonados también, pero ya de la serie aromática, cuya constitución depende de la naturaleza de los primeros y de la especie de reacciones incompletas y simultáneas que allí se efectúen á diversas temperaturas, ó sea entre límites comprendidos, al cabo, entre un máximo y un mínimo, al igual de todos los fenómenos químicos.

Véase, pues, cómo las leyes generales de la Química explican, de manera satisfactoria y sin acudir á ningún género de ideales hipótesis, la formación de los carburos aromáticos, de los naftenos y de los canfenos en los diversos períodos de la destilación fraccionada del petróleo, y de qué manera, al término de tantos estudios é investigaciones, viénense á confirmar las previsiones y las doctrinas del fundador ilustre de la ciencia de las combinaciones del carbono, del eximio Carlos Federico Gerhardt, cuando dice: «Siendo la Química la ciencia de las metamorfosis, una clasificación natural de las sustancias orgánicas debe fundarse en su *parentesco químico*, ó para servir-me de una frase de Laurent, en su *generación*, y exige, por lo

tanto, exacto conocimiento de la composición y metamorfosis de un cuerpo.»

Si respecto de los derivados del petróleo me demandasen hechos en apoyo de mi doctrina, algunos citarían bien notables y concluyentes. De ellos me haré cargo en breves palabras. Reconocido y demostrado, por cierto de manera harto fácil y sencilla, que la benzina procede de una condensación de tres volúmenes de acetileno, y sabiendo que este gas se elimina en el desdoblamiento de muchos hidrocarburos superiores, resulta que el primero de los hidrógenos carbonados de la serie aromática puede engendrarse, ya partiendo del acetileno puro, ya del diacetileno, bien—y es lo menos fácil—en el seno de la tierra, ó mediante la sola acción del calor en la destilación fraccionada del petróleo. De cualquiera de estos modos, resulta la génesis de la benzina igual que se produce en los laboratorios, y se comprende la existencia de sus homólogos en los productos y derivados del petróleo, de la misma manera que se entiende la de los carburos etilénicos. Y aún pudiera invocar el hecho en favor de aquella doctrina de Berthelot, que admite el origen del petróleo, producto de las primeras metamorfosis del acetileno en reacciones incompletas y simultáneas. Otra prueba más directa é inmediata ofrécenla los experimentos de Schützenberger acerca de los derivados de los petróleos del Cáucaso, en cuanto, por sola la acción del calor, logró transformar los carburos etilénicos en carburos aromáticos, habiendo obtenido luego diversos polímeros de alguno de los benzínicos. Pasando de una serie á otra, en un conjunto de metamorfosis debidas al calor y en las complicadas reacciones pirogenadas, de necesidad hubieron de aparecer no sólo los canfenos, sino aquellos otros carburos incompletos de la forma $C^{2n} H^{2n}$, ó naftenos, tan semejantes á la naftalina por sus reacciones y, como ella, susceptibles de multitud de derivados coloridos. Todo depende, en definitiva, de dos circunstancias: la naturaleza de los cuerpos primitivos y el calor, de tal manera que, así como en cada período de la destilación obtiéndose mezclas de hidrocarburos, tratados éstos de manera conveniente é interviniendo siempre la temperatura, transfórmanse en otros derivados no menos interesantes, desde

los puntos de vista teórico y de aplicación industrial, de composición química muy variable, mezclas de diferentes hidrocarburos sólidos, y de seguro la mejor prueba de que á reacciones incompletas y simultáneas débense los derivados del petróleo. Me refiero á la vaselina, á la parafina, y muy en especial al petroceno, cuyos desdoblamientos son acaso el mejor ejemplo de las metamorfosis de los carburos de hidrógeno, cuando pierden casi todo cuanto de este elemento contienen y se resuelven en los productos más ricos en carbono.

Hé aquí el origen de cada uno de los cuerpos citados. Si luego de separados, en la destilación fraccionada del petróleo, los éteres, la esencia y el aceite rectificado, y de haber alcanzado la temperatura de 400 grados, á que destilan los aceites pesados, ricos de parafina, detiéndose la acción del calor, antes del término de este período, y la masa obscura se evapora en contacto con el aire, en tanto desprende vapores acres, y más tarde, el residuo se descolora con carbón animal, obtiéndose la *vaselina*. No posee composición química definida y es mezcla muy variable de hidrocarburos superiores; en su consistencia y untuosidad ofrece el aspecto de una grasa blanda. Inodora, insípida, de color blanco, no se altera al aire, se funde sin descomponerse, y sus cualidades físicas, en especial la de no oxidarse, le hacen servir para reemplazar á las grasas, sobre todo en los usos farmacéuticos, pues las vaselinas se mezclan y emulsionan bien con casi todas las substancias minerales y orgánicas. De muy reciente data es el descubrimiento de otra de sus propiedades, en mi sentir la de mayor importancia; me refiero á la condición de disolver las esencias naturales; pero disolverlas aislándolas de las mismas plantas ó partes de plantas que las contienen, cualidad que han de aprovechar, al mismo tiempo, la industria y la ciencia, y que debe hacer de la vaselina, respecto de los principios esenciales de los vegetales, tan importante reactivo como son los éteres del petróleo respecto de los alcaloides, que disuelven y separan de los materiales donde se encierran.

La vaselina, en cuanto mezcla de hidrocarburos muy semejantes, indica ya de dónde procede; como el petróleo, que la origina, es un trabajo incompleto, es el resultado de muchas y

variadas reacciones, todas incompletas, todas simultáneas y todas pertenecientes á las que el calor provoca actuando sobre los compuestos de hidrógeno y carbono, tan numerosos é interesantes.

También de los aceites pesados del petróleo, que no sirven para arder y se utilizan en las máquinas, procede la *parafina*, acaso el más importante de los productos hasta el presente extraídos del aceite de piedras. Basta enfriar las substancias que del petróleo bruto destilan entre 300 y 400 grados, desembarazar los carburos que cristalizan de los líquidos que retienen, eliminar otros destruyéndolos con ácido sulfúrico, y descolorar, empleando repetidas veces el carbón animal, y se obtiene, blanca y nacarada, la parafina. Es, como la vaselina, mezcla variable de hidrocarburos forménicos de la fórmula $C^{2n}H^{2n+2}$, y el estudio de sus propiedades, dependientes de la composición y mejor todavía de la cantidad de carbono que contiene, da perfecta cuenta de su empleo en la industria, sobre todo para fabricar bujías. Desde luego se comprende que la parafina no puede ser verdadera especie química, á causa de las variables proporciones en que entran los hidrógenos carbonados que la constituyen, y de ahí también no poder asignarle estas dos constantes: punto de ebullición y densidad. El obtenerla á elevada temperatura indica ya su fijeza y que los hidrocarburos que la forman, sólidos y cristalizables, han de hervir á temperaturas también elevadas: por eso la parafina no puede someterse á destilación fraccionada; pero resiste, sin alteración, hasta la temperatura de 200 grados, y así es, en efecto, porque hierve al acercarse los 300, y antes emite vapores blancos inflamables, que arden con luz brillante y blanca. La naturaleza de los hidrocarburos componentes de la parafina explica, asimismo, su inalterabilidad y la resistencia que á todos los reactivos presenta: sólo expuesta, durante largo tiempo y en contacto del aire, al calor medido por 250 grados centesimales, se convierte en masa blanda, colorida y oxigenada. Se compone, pues, la parafina de un grupo de carburos forménicos, sólidos y cristalizables, muy fijos, pues destilan á temperatura ya elevada; pero cuyos puntos de fusión se determinan entre 43 y 80 grados y aun más, circunstancia de la cual depende el punto de fusión

de las distintas parafinas: la fijeza de los hidrocarburos parafénicos y el fundirse antes del grado á que el agua hierve, son causa de que sirva la parafina para hacer bujías, y su resistencia á los reactivos hace que se utilice para sustraer de la acción de aquéllos las superficies metálicas y las materias orgánicas, y también preserva las substancias azucaradas, impidiendo que fermenten ó se alteren, cuando se calientan al aire sus disoluciones.

Es el carácter químico, que pudiera llamar constante, de la parafina contener un carburo de hidrógeno $C_{48} H_{50}$, cuyo cuerpo tiene la propiedad de oxidarse por el ácido nítrico, convirtiéndose en el ácido parafínico, cuya fórmula es $C_{48} H_{48} O_4$, reacción característica del cuerpo en que me ocupo. Por lo demás, la parafina, que se parece en su aspecto á la esperma de ballena, no se disuelve en el agua y sí en el alcohol hirviendo y concentrado, en la nafta y en todos los hidrocarburos líquidos que al lado del petróleo se clasifican. En frío los ácidos enérgicos no la atacan; el sulfúrico, ayudado del calor, la carboniza, á lo menos en parte, y el nítrico, cargado de vapores nitrosos, la transforma en ácidos grasos de los primeros términos de la serie, como acético, butírico y valérico, y el cloro y el bromo dan curiosos y variadísimos productos de sustitución regular, correspondientes á los hidrocarburos componentes de tan curiosa materia, que, conforme indica su nombre, distínguense por sus escasas afinidades, circunstancia dependiente de la característica de los hidrocarburos forménicos. Por esto mismo se comprende que no ha de ser el petróleo el único origen de la parafina, puesto que ha de formarse siempre que puedan reunirse hidrógenos carbonados de la serie grasa, sólidos, ricos de carbono y, por consecuencia, estables y fijos. De ahí que el alquitrán de la hulla sea origen de buena parte de las parafinas empleadas en las bujías transparentes. Además, la parafina es un producto natural, ya que, mezclada con el betún, constituye la *ozokerita*, ó cera fósil, de color obscuro, bien oliente y tan rica en carbono que contiene hasta más de 85 por 100; arde sin dejar residuo, y sus más ricos yacimientos están en el Cáucaso y en Galitzia.

Debo citar aquí, á fin de que se vea esta especie de enca-

denamiento y parentesco que existe entre las mezclas de hidrocarburos naturales y la hulla, que viene á representar, en último término, el límite de las reacciones pirogenadas y de las metamorfosis químicas de los hidrocarburos, debidas al calor, otras materias semejantes á la ozokerita, y son: la *scheerita*, que contiene un 75 por 100 de carbono, sólida, de aspecto nacarado, soluble en el alcohol, fusible á 44 grados, yaciendo, en lignito gris, en San Gall; la *elaterita* ó betún elástico, de la misma composición, obscura, verdosa; la *schzanfita*, resina fósil parecida á los betunes, roja, que yace junto al petróleo, muy fija, porque se funde á 326 grados, descomponiéndose en seguida, poco soluble y muy á propósito para fabricar jabones; la *hartita*, con más de 87 por 100 de carbono, blanca como la cera, cristalina, fusible á 74 grados, yaciendo próxima del lignito; la *keulita*, cristalizada en laminas ó agujas, que contienen 92 por 100 de carbono y se funden á 108 grados, y la *idriaolina*, de igual aspecto que la esperma de ballena, que acompaña á los minerales de mercurio de Idria, rica en carbono hasta la proporción de 95 por 100 y muy soluble en el aceite de terebentina hirviendo. Todas estas materias naturales no sólo constituyen un tránsito ó intermedio entre aquellas substancias que, como el petróleo, tienen marcado origen mineral y las que, semejantes á los carbonos, proceden de organismos, sino que aparecen á modo de términos de una escala de cuerpos, del todo formados en la Naturaleza, nativos, según dicen los mineralogistas, que empezando en el formeno ó gas de los pantanos, y pasando por hidrocarburos, cada vez más ricos de carbono, termina en la hulla, indicando así el perenne trabajo del calor, la continuidad del fenómeno químico y la indefinida labor de la energía.

Desde el punto de vista de la Química, y en especial considerados con el criterio de las teorías ahora dominantes, son los *petrocenos* los derivados del petróleo que mayor interés ofrecen, y no en ellos mismos, sino mejor en los productos de su desdoblamiento, todavía más cercanos de aquel término de las reacciones pirogenadas, en el que, como metamorfosis suyas que son, vienen á parar todas las substancias orgánicas. El estudio del petroceno data de poco tiempo y débese al

químico Prunier. Para obtenerlo, luego de separado, en la destilación fraccionada del petróleo, el aceite que se utiliza en el alumbrado, se calienta el residuo en retortas de barro á fuego desnudo, hasta que deja una materia carbonosa del aspecto del cok: primero se desprenden gases, luego destilan líquidos, y ya en un tercer período, más avanzado, se solidifica la materia destilada, constituyendo el cuerpo nombrado petroceno, en cuyas propiedades voy á ocuparme.

Es una masa sólida, de hermoso color verde, aspecto cristallino como la esperma de ballena, y contiene noventa y tres partes de carbono, hecho que explica muchas de sus cualidades y caracteres, entre ellos los puntos de fusión y ebullición y la densidad. Se representa ésta por el número 1,2, bien poco diferente del peso específico del carbono 1,5; el petroceno empieza á fundirse á 160 grados, y no se vuelve líquido por entero sino á 190, y lo mismo pasa con el punto de ebullición, porque comenzando ésta á 200 grados, se fija en el mismo grado á que hierve el mercurio, que es el más denso de los líquidos conocidos. Este dato, que tan á maravilla se enlaza con la constitución del petroceno, explica cómo, formado de carburos pobrísimos de hidrógeno, no puede someterse á la destilación fraccionada, sin que se disocien, alcanzando el límite de los compuestos pirogenados. Menos resistente que otros cuerpos análogos ó parecidos, el petroceno se ataca al cabo por el óxido sulfúrico, dando parafina como residuo, lo cual viene á demostrar las reacciones que lo engendraron, y no son sino disociaciones, meros fenómenos pirogénicos, en cuya virtud no sólo se ha realizado un trabajo de los aquí calificados de incompletos, sino que efectuáronse notables condensaciones, y merced á ellas hubieron de constituirse mezclas de hidrocarburos de los siguientes tipos: $(C_8H_2)^n$, que contiene 96 por 100 de carbono; $(C_{10}H_2)^n$, con 96,77; $(C_{12}H_2)^n$, con 97,29, y $(C_{14}H_2)^n$, con 97,69 del mismo elemento, por lo cual dicho se está que el petroceno, como la vaselina y la parafina, es mezcla de hidrocarburos, aquí más pobres de hidrógeno, que pueden separarse, obteniendo cuerpos sólidos, fusibles á temperaturas bastante elevadas, de colores variados, cristalizables, y ofreciendo, bien estructura fibrosa, bien aspect-

to nacarado, cual si los cristales se cruzasen, siendo el diferente grado á que se funden el principal distintivo de tales cuerpos; tienen además la propiedad de combinarse con el bromo y la de formar picratos, algunos no desprovistos de interés.

El ordenado empleo de disolventes neutros, sobre todo el alcohol, permite separar los carburos en el petroceno contenidos: trátase primero éste, bien pulverizado, con alcohol hirviendo, luego se filtra caliente, y al enfriarse obtiéndose en primer término *antraceno* y *fenantreno*: al líquido alcohólico se le añade un 10 por 100 de agua, y nuevos carburos se precipitan, que se recogen sobre un filtro, y el líquido restante vuelve á tratarse con agua, y aparece precipitada otra serie de hidrocarburos. Así se han separado parafinas en primer término y luego hidrógenos carbonados, tales como *pireno*, *estilbeno*, *acenafteno*, *tolano*, *criseno*, *crisógeno*, *benzeritreno*, *paracriseno* y *parantraceno*, los últimos ya de muy elevado equivalente, muy fijos y pobrísimos de hidrógeno. Aunque el estudio de los desdoblamientos del petroceno, muchos de cuyos productos todavía no están bien estudiados, requiere capítulo aparte y entrar en ciertos pormenores, impropios de la ocasión presente, que reservo para otro estudio, y que en el momento llevaríanme muy lejos de mi propósito, debo hacer meras indicaciones acerca de aquellos últimos hidrocarburos más allegados al propio petroceno, y que de éste se esciden y separan. Divídelo el alcohol hirviendo en dos productos, de los cuales el insoluble, tratado sucesivamente por el éter y el cloroformo y la benzina, da el carbopetroceno bruto, de donde se separan el carboceno y el carbopetroceno. Á su vez las disoluciones benzínicas dan petroceno $(C_{24}H_8)^n$ mezclado con otro carburo $(C_{14}H_4)^n$, insoluble en el ácido acético hirviendo. Á su vez en el carbopetroceno $C_{48}H_8$ separa el alcohol un cuerpo verde obscuro, cristalino, que es el llamado *carboceno*, cuyo estudio dista mucho de ser completo. Para llegar al *carbopetroceno*, especie química, verdadero tipo de los hidrocarburos ricos de carbono, son menester muchas operaciones que se reducen al empleo de disolventes, hasta llegar á un cuerpo sólido, cristalizado en láminas ó agujas finas, fusible entre 270 y 275 grados, insoluble en el alcohol y en el éter, soluble en

el sulfuro de carbono, el petróleo y la benzina, y sobre todo en el ácido acético cristalizable, fluorescentes sus disoluciones, en color azul violáceo, carácter que la luz les hace perder, y muy eléctricas. Este cuerpo, que es el verdadero carbopetroceno, se distingue porque el ácido crómico lo oxida y porque forma variadas combinaciones con el ácido pícrico.

Señala todavía Prunier, de quien he tomado los pormenores que van referidos, otro carburo, el último de la serie del petroceno, casi insoluble en el cloroformo, de color gris sin reflejos amarillos ó rojos, cristalizado en laminitas, que se distingue por contener 97,67 por 100 de carbono, fundirse á más de 310 grados y disolverse en ácido acético. Es el residuo que queda después que del petroceno bruto, ó de la masa general que tal nombre recibe, el éter y el petróleo han separado el benzeritreno, y el alcohol y el cloroformo el carbopetroceno. El nuevo carburo tiene de común con éste el formar picratos, y el calor lo fracciona en otros varios carburos, casi todos coloridos, y alguno dotado de tal fijeza que resiste el calor rojo sombra.

No he de entrar en nuevos detalles acerca de los curiosísimos cuerpos del grupo del petroceno; lo dicho basta para demostrar que, así como el petróleo resulta de la unión de hidrocarburos variados, procedentes todos, en último término, de reacciones pirogenadas, análogas á las que empleamos en los laboratorios tratándose de operaciones de síntesis, de la propia suerte el calor separa en la destilación fraccionada grupos de hidrocarburos, de donde es posible derivar otras sustancias de la misma especie, en virtud de desdoblamientos, casi siempre debidos también á acciones térmicas. La obra de la Naturaleza, aquellos materiales que sus energías elaboraron en el seno de la tierra, continúan su evolución, y para venir á parar al carbono, de donde nacieron, se asocian, constituyendo el petróleo, con sus gases, sus éteres, sus esencias, sus aceites pesados y ligeros, sus vaselinas, sus parafinas y sus petrocenos, dejando por residuo todavía aquel carbón de donde tantos cuerpos proceden. Para explicar su origen no se necesitan otros principios que aquellos mismos que rigen todos los fenómenos de la Química, y el experimento de Cloëz, obtenien-

do carburos líquidos al descomponer el agua en vapor por medio de la fundición de hierro, y realizando la síntesis del petróleo, lo demuestra de manera bien cumplida, y los mismos principios de síntesis, la formación de homólogos y de isómeros de todas clases, ó de un modo más general, las reacciones incompletas y simultáneas, explican no sólo que del petróleo hayan de obtenerse los hidrocarburos en él ya formados, sino que en los diferentes períodos de su destilación se constituyan otros derivados y se formen nuevas mezclas de compuestos de hidrógeno y carbono, obedeciendo, en definitiva, al principio mismo de la formación del petróleo en la Naturaleza.

He concluído mi tarea. Feliz yo si en este largo estudio he conseguido aportar algún dato nuevo, alguna observación original que contribuya al mejor conocimiento de los fenómenos químicos más complicados é interesantes.





EL ESTUDIANTE DE LOS ZAPATOS

(MEMORIAS DEL CARDENAL SILICEO)

I

Una tarde muy lluviosa del mes de Marzo de 1504, entró en la tienda de un humilde zapatero de Toledo un desaharrado estudiante, y dijo al artesano:

—Buenos días. Ved mis zapatos. ¿Os parecen buenos para andar por el lodo?

—Malos, en verdad, están; se os ven los pies como si fueseis descalzo.

—Pues tomadme medida y hacedme otros.

—Sea en buena hora.

—¿Cuándo vendré por ellos?

—Pasados tres días.

—No faltaré.

Pasado el plazo, se presentó el estudiante, se probó los zapatos y dijo:

—Muy bien, maestro; os doy mil gracias; ya os pagaré los zapatos cuando sea arzobispo de Toledo.

—Largo es el plazo—dijo con sonrisa el zapatero;—pero no con moneda solamente se puede hacer caridad; llevaos la obra, que os la regalo; y si más necesitáis, volved á mí.

No hay para qué decir si el estudiante quedaría agradecido al honrado y beneficioso menestral.

Transcurrieron los años; el zapatero se hizo tan anciano que ya no trabajaba y vivía pobremente.

Una mañana se presentó en la antigua zapatería un canónigo, y dirigiéndose al zapatero, le mandó, de orden del eminentísimo arzobispo, le siguiese al palacio arzobispal.

Asombrado el pobre artesano, porque en aquellos tiempos el arzobispo era objeto entre los buenos católicos, como siempre debe ser, de gran respeto, y especialmente para una persona de tan inferior condición, púsose á temblar.

El canónigo le animó, y ambos abandonaron la tienda.

Apenas se presentó el zapatero, díjole con suma bondad el arzobispo:

—Querido amigo, empezaré por daros un abrazo en testimonio de mi gratitud, y después os pagaré una deuda, ha largo tiempo contraída.

El zapatero, confuso con la honra recibida, apenas comprendía lo que escuchaba; pero el arzobispo continuó diciendo:

—Prometí pagaros un par de zapatos cuando fuese arzobispo de Toledo, y aun cuando vuestra caridad me los regaló, quiero compensar vuestra cristiana generosidad. Una buena acción jamás se pierde.

Diciendo así, tomó un bolsillo que preparado tenía, y se lo entregó diciendo:

—Hé aquí el precio de los zapatos (50 onzas de oro contenía el bolsillo). Ahora, pedidme una gracia, sea cual fuere; si está en mi poder, concedida la tenéis, y si no, iré á la corte y la obtendré, no lo dudo, del monarca.

Llorando sinceramente el zapatero, exclamó:

—Señor..... apenas puedo creer lo mismo que estoy viendo: la cantidad que vuestra eminencia me regala sobra en mucho para lo que puede restarme de mi vida; sólo deseo que á mi muerte no queden abandonadas dos hijas que tengo mozas ya.

—Veréis realizado muy pronto vuestro justo deseo.

—¡Dios os bendiga, señor!

El arzobispo cumplió inmediatamente su palabra, fundando el Colegio de las Doncellas Nobles, cuyas dos primeras

colegialas fueron las hijas del zapatero, á quienes el prelado sacó ejecutoria de nobleza.

El arzobispo fué el célebre cardenal *Siliceo*.

II

Este sabio doctor, escritor sagrado y teólogo eminente, nació en el año 1486 en Villagarcía, de padres bien humildes. Su destino hubiera sido, como el de ellos, vegetar pobrememente en el campo, si su carácter no le hubiera hecho aborrecer la oscuridad de aquella condición y aspirar á otra carrera más grande. Muy joven era cuando estos pensamientos le arrancaron de la casa de su padre con intentos de ir á Roma á probar fortuna, pero la falta de medios para proseguir su viaje le detuvo en Valencia, donde estudió filosofía. Allí se granjeó pronto por amigo á un religioso, con el cual pasó á París á los ventiún años de edad, y en aquellas escuelas prosiguió sus estudios sustentándose de limosnas, hasta que un caballero, cuyo nombre no conserva la historia, prendado de sus bellas cualidades, se le llevó á su casa y le libró de la indigencia.

La fortuna después le abrió los brazos y empezó á cumplir sus deseos. Á los tres años de su residencia en París le hicieron catedrático de filosofía, destino debido á su aplicación extremada y á su afición al estudio.

Allí fué donde latinizó su apellido de Guijarro y se llamó *Siliceo*, mudanza que prueba el pedantismo del siglo XVI, y tal vez la flaqueza de nuestro héroe, que quizá se avergonzaría de ver la humildad de su origen en lo grosero del su apellido. Por entonces, deseando la Universidad de Salamanca reformar los estudios de filosofía, envió á París dos comisarios á escoger el regente de artes más docto que encontrasen, y convidarle á venir á España á cualquier precio. *Siliceo* fué el elegido, y regresando á su país, estando de profesor de filosofía en Salamanca, logró una beca en el colegio mayor de San Bartolomé, de donde mayormente su reputación le sacó, tiempo andando, para magistral de Coria.

Pero éstos eran los ensayos de una carrera mucho más brillante. Cuidando la emperatriz, madre de Felipe II, de dar un maestro á su hijo, puso sobre los hombros de *Siliceo* el cargo de instruirle, eligiéndole entre los hombres más célebres que entonces se conocían. Cuál fuese el fruto de sus máximas y enseñanzas en el entendimiento y carácter del real alumno, las acciones y reinado de Felipe pudieran manifestarlo, si la capacidad de un maestro tuviera tanto influjo en la educación de un príncipe como tiene á veces en la de los particulares. Dícese que le enseñó las letras patrias, la lengua latina y otros conocimientos. Si los cuidados de *Siliceo* se limitaron á desplegar las luces de aquel príncipe, es innegable que tuvieron un efecto conocido. Nadie ha tachado á Felipe II de falta de talento: él era activo y laborioso; velaba de continuo sobre todos los ramos del gobierno; su penetración extendía á todos los gabinetes de Europa, á todos los puntos de la inmensidad de sus vastos Estados; conoció, apreció los hombres y los talentos, fomento de las bellas artes. Es cierto que la historia no somete las mismas ventajas á su carácter moral; pero en las acciones y escritos de sus maestros nada hay análogo á los funestos principios que se le imputan, y *Siliceo* jamás será responsable de ellos á los ojos de la posteridad.

Sus servicios fueron pródigamente recompensados, y aquel mismo hombre que, saliendo de la humildad de los campos, se sostuvo sirviendo en Valencia y estudió mendigando en París, se vió después obispo de Cartagena, arzobispo de Toledo, en 1546, y ornado al fin de su vida con la púrpura de cardenal, en 1555, por bula de Paulo IV. En esta elevación *Siliceo*, igual á los honores que le rodeaban, manifestó tal grandeza de espíritu y se portó en todas ocasiones de lucimiento con una magnificencia y bizarría, que hicieron olvidar enteramente la pequeñez de sus principios. Naturalmente activo y aplicado en las cosas arduas, era descuidado y flojo en las de poca importancia, y su carácter desabrido y poco flexible le tuvo siempre separado del gobierno y de los negocios públicos.

No se llega á tan altos puestos siendo una vulgaridad. Y

el cardenal *Siliceo* probó mil veces que era una ilustración española de su siglo; es más, una figura notable en toda Europa.

Escribió muchas y buenas obras.

Conocemos de él las siguientes:

- 1.^a *Defensorium Statuti Toletani* (¿1542?).
- 2.^a *De Divino domini Jesu per nomen Teregramaton signicator* (1550).
- 3.^a *In Aristotelis Periermenias, Priores, Posteriores, Topica et eleneos* (París, in fol. ¿1543?).
- 4.^a *Aritmetica theorica et practica* (París, 1514, y Valencia, 1544, in 4.^o).
- 5.^a *Suisset Angli apus, etc.* (Salamantia, 1520, in fol.).
- 6.^a *In cantiam Magnificat* (¿1538?).
- 7.^a *In Orationem Dominicam et Salutationem Angelicam explicationes duæ* (Toleti, 1550, in 8.^o).

III

Por la simple lectura de estos epígrafes se viene en conocimiento del talento prodigioso que tenía el cardenal fray Juan Martínez Guijarro (*Siliceo*), que falleció el 31 de Mayo de 1557, cuando cumplía setenta y un años de edad.

Noticias dan de tan ilustre hombre las obras siguientes:

I. (Frontis grabado: dentro el escudo del cardenal *Siliceo*, y luego este título): *Missale secū dū ordinē Primatis ecclesie Toletanæ elimatius q̄ antea: ac iam nulla ex parte confusum: cui accessit ordo celebrandi Missam cum officio Diaconi | et Subdiaconi: ac de usu et distinctione coloris ornamētorum: omnia per viros in rebus ac Ceremonijs ecclesiasticis peritos ordinata. Anno Domini M. D. L.* (Título en letra roja, menos la fecha. Colofón): *Finit Missale sanctæ ecclesie Toletanæ | iussu... Dñi. D. Joannis Martini Silicei: per viros literis ⁊ ecclesiastica disciplina præstantes magna cū diligentia examinatum ⁊ enmendatū. Impressum Compluti. In ædibus Joannis Brocarij. Anno salutis nostræ. M. D. L. quarto Calēdas Octobris.* ✠

Contiene: El impresor al arzobispo Siliceo.—Calendario eclesiástico.—Tabla de áureo número, novilunios, etc., precedida de una advertencia del impresor á los sacerdotes.—Fiestas movibles.—Tabla de San Buenaventura.—Oraciones en la bendición del agua y sal y en la reconciliación de las iglesias.—Texto del misal.—Tablas.—Colofón.—Escudo del impresor.—Orden de celebrar la misa.

Diez hojas de principios, 368 numeradas de texto y 6 más sin numerar del *Ordo celebrandi missam*; en folio, á dos columnas, letra gótica, menos la epístola del impresor al arzobispo; en tinta roja y negra, con numerosas viñetas, letras de adorno y algunas orlas, notaciones musicales, tipos grandes y hermosos. Impreso en pergamino.

Es un monumento muy notable de la imprenta complutense, que recuerda los oficiarios, antifonarios y demás libros de coro que imprimió Arnaldo Guillermo de Brocar, por orden del cardenal Jiménez de Cisneros. La limpieza y perfección con que está impreso, así como el estampado de las láminas, del frontis de la portada y del que adorna la primera página del texto, son dignos de atención. Las matrices de estos grabados eran de madera. Es lástima que la mala calidad del pergamino impida que luzcan cuanto merecen las condiciones tipográficas de la obra.

II. *Publica Laetitia, qua Dominus Ioannes Martinus Siliceus Archiepiscopus Toletanus ab Schola Complutēsi susceptus est.* (Gran escudo del mismo y en derredor sus nombres y dignidad, y después un dístico latino. Al fin): *Compluti. Excudebat Ioannes Brocarius.*

Contiene: Escudo de Cisneros (á la vuelta de la portada), grabado muy fino en madera y seguido de un dístico latino.—Dedicatoria de Alvar Gómez Eulaliense (de Santa Olalla) al arzobispo Siliceo.—Erratas.—Texto.—Colofón.—Escudo de Juan de Brocar representando los enemigos del alma.

Cuatro hojas preliminares, 137 páginas de texto, una para el colofón y una hoja para el escudo del tipógrafo; en 4.º, signatura *a*, 4 para los principios y *A-I* de á ocho hojas para lo demás, menos la última que cuenta 6: letra redonda, im-

presión regular, con grabados en madera que casi llenan la página donde se incluyen.

Curiosa, notable y muy rara descripción de los festejos literarios, emblemas, pinturas, arcos y demás demostraciones del regocijo que manifestó la Universidad Complutense por la exaltación del Sr. Martínez Siliceo á la silla toledana, vacante por muerte de D. Juan de Tavera. La escribió el ilustre Alvar Gómez, y el hallarse éste ausente cuando se imprimió fué causa de que se cometiesen bastantes erratas, que él cuidó de salvar en los principios del libro antes de darlo al público. Se celebró un certamen público en que fueron jueces Luis Cadena, Honorato Juan y Fernando Matatico; hubo inscripciones en latín, griego y hebreo, arcos triunfales, emblemas y alegorías pintados, oraciones elegantísimas, cánticos griegos, latinos é hispanos de altos vuelos poéticos, y otros muchos actos de regocijo de la que era entonces emporio de las ciencias y de las letras españolas. Entre los poetas figuraron D. Juan Hurtado de Mendoza, Rúa de Soria y otros de menos importancia.

Seguramente Alvar Gómez, tan notable literato, sería autor de muchas de las composiciones. Las 24 láminas alegóricas que contiene la obra son muy interesantes, están regularmente hechas, y algunas de ellas, como muchas composiciones literarias, se refieren al apellido Guijarro (Siliceo) del prelado, y al emblema de su escudo, que es un guijarro en el cual está el monograma de Jesús y que hecha chispas, rodeado de eslabones. En algunas estampas se ve la influencia de la época representada por ninfas, personificaciones del Tajo, de la Esperanza, etc.

Al final va una carta de Juan de Vergara al autor y la contestación de éste.

IV

Aún no se ha escrito la biografía de este ilustre personaje extremeño (que tanta preponderancia alcanzó en la primera mitad del siglo XVI), origen de la leyenda *El estudiante de los zapatos*, que las gentes sencillas de Toledo refieren con

fruición, y que plumas muy doctas no se han desdeñado en recoger.

En la actualidad, y con objeto de perpetuar su memoria, proyéctase erigir en Toledo un mausoleo donde reposen los restos del cardenal y sabio extremeño fundador del colegio de Doncellas Nobles de Nuestra Señora de los Remedios de dicha ciudad.

Es probable que pronto se anuncie el correspondiente concurso entre artistas españoles.

Dos retratos de este cardenal hemos visto en Toledo: uno, el mejor ejecutado, de autor desconocido, está en la Biblioteca provincial, llamada del Arzobispo, y el otro en la sala de cabildo de la catedral, llamada también salón de Concilios.

NICOLÁS DÍAZ Y PÉREZ.





LOS PRÍNCIPES DE LA POESÍA ESPAÑOLA

POR D. JUAN PÉREZ DE GUZMÁN

Continuación (I)

DEL MISMO CONDE DE CHESTE

D. JUAN DE LA PEZUELA Y CEVALLOS

DIRECTOR DE LA REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

Á LA VIRGEN MARÍA

¡Venturoso el mortal que amante guía
De María los pasos al altar;
Que el nombre de la Virgen fué María
Y estrella significa en turbio mar!

¡Oh tú, que remas con trabajo y arte
Contra el negro huracán que te persigue;
Si del revuelto mar quieres salvarte,
Esa estrella contempla y su luz sigue!

María es nombre junto á Dios propicio,
Luz que al orbe ilumina, hoguera lenta,
Que enciende la virtud, consume el vicio,
Y más que al cuerpo, al ánima caliente.

Ese nombre de amor que hasta en reflejos
Presta á la obscura noche luz brillante,

(I) Véase la pág. 641 del tomo anterior.

Que nunca sea de tu boca lejos,
Que nunca esté del corazón distante.

Si te amenaza en la civil pelea,
Ya envidia, ya rencor, busca ese guía;
Si atribulada tu constancia ondea,
Si te rinde el dolor, llama á María.

María es la salud, la paz amiga;
María es la esperanza, el bien más caro;
En seguirla doquier, nunca hay fatiga,
Ni naufragios jamás bajo su amparo.

Que el nombre de la Virgen fué María,
Que estrella significa en turbio mar;
¡Venturoso el mortal que amante guía
De María los pasos al altar!

OCTAVAS

RETRATO DE ISABEL

Es de un cuerpo Isabel tan bien formada,
Que mejor no la harán diestros pintores;
Su rubia cabellera, bien trenzada,
Sobrepuja del oro á los fulgores.
Y adornan su mejilla delicada
De azucena y de rosa los colores;
Si bien sólo el jazmín luce en su frente,
Extensa y elevada juntamente.

Bajo dos lindos arcos, centinela
Hacen dos ojos como soles claros;
Ojos cuya mirada nos revela
La pena dulce ó los deleites caros;
Y en torno de los cuales amor vuela,
Juguetea y acecha los disparos:
Perfecta luego la nariz descende,
Do la envidia no ve nada que enmiende.

Está después, como entre dos colinas,
La boca fresca del carmín natío,
Con sus hileras dos de perlas finas
Que cierra y abre un labio dulce y pío,
De do brotan las pláticas divinas
Que el pecho domestican de más brío,

Donde se forma aquel plácido riso
 Que nos abre en la tierra el paraíso.
 Su cuello es de marfil; de leche pura
 Ancho y tendido el pecho, de manera
 Que dos formas en él de nieve dura
 Van y vienen cual onda á la ribera.
 Argos, con sus cien ojos, la figura
 Ver de las otra partes mal pudiera;
 Mas se puede juzgar que corresponde
 Á lo que fuera está lo que se esconde.
 Muestran los brazos esbeltez robusta,
 ¿Y qué cincel á remediar se atreve
 La mano que medida alcanza justa
 En que no abulta vena la más leve?
 ¿Y cuál por cabo de la talla augusta,
 El bellissimo pie, colmado y breve?
 ¡Ahl no es dado te oculte humano velo,
 Angélica hermosura, don del cielo!

Segovia 1876.

SONETOS

I

EN LA JUSTA Y TORNEO CELEBRADO EN 1833 EN BARCELONA
 CON MOTIVO DE LA JURA DE LA PRINCESA DOÑA ISABEL II

Cuando el noble vestido de diamante,
 Fiestas hallaba en las sangrientas lides;
 Al pie de los iberos adalides
 Rendía el moro el cándido turbante.
 Burlaba entonces Isabel triunfante
 Del Francés altanero los ardides,
 Y rompiendo los términos de Alcides
 Traspasaba Colón el mar de Atlante.
 Sean, pues, estas justas recordadas,
 Nuncio feliz á la española historia,
 Y renueven las palmas ya olvidadas.
 Cual renuevan Fernando de alta gloria
 Y la nueva Isabel, hoy coronada,
 De los otros antiguos la memoria.

II

Á S. M. LA REINA GOBERNADORA DOÑA CRISTINA DE BORBÓN
VOLVIENDO Á ESPAÑA DE LA PROSCRIPCIÓN DE 1841

Que el sol disipe la tormenta ruda
Y torne hermoso á la ciudad el día,
Como aquel en que pública alegría
Yendo al altar de Atocha te saluda.

Torne el amor que el pueblo te ofrecía
Cuando en las breñas, de ambición desnuda,
Á horrenda lid la juventud corría
Al nombre caro de la ilustre viuda.

Mas nunca aquel pesar doble tu cuello
Con que Valencia tu beldad maltrata,
Ó el Sena triste, para tantos bello;

Sin respetos allí fortuna ingrata
Al ébano mezcló de tus cabellos
Las hijas del dolor, hebras de plata.

III

Á S. M. LA REINA DOÑA ISABEL II EN SUS NUPCIAS

Danzas festivas en alegre coro
El gozo anuncian de la undosa plebe,
Cuando del claro sol el disco breve
Presta á los campos la color del oro.

Y cuando el cauce del raudal sonoro
Tiñe de plata la modesta Febe,
Vario discurre por el aire leve
De diva luz cambiante meteoro.

Todo es placer, y fiestas y recreo,
De la nueva Isabel la augusta Sede;
La plaza, el circo, el español Liceo;

Y este deleite, al que ninguno excede,
Aún no basta á pintar el fiel deseo
Que siente el alma y expresar no puede.

IV

Á LA ENTRADA TRIUNFAL EN MADRID DEL REY D. ALFONSO XII,
TERMINADA LA GUERRA CIVIL

Ese clamor de la ciudad entera
Que te saluda en tu triunfante vía,
Más que al glorioso vencedor, venera
Al que te dió la paz ¡oh patria mía!

Al noble ardor de juventud guerrera
Su esfuerzo acompañó también un día
El que hoy anciano á su Monarca envía
Los ecos de su voz, antes que muera.

Y si al fin de sus años se lamenta
De no haber merecido á tus laureles
Añadir algo de su antigua oliva,

No es, señor, que la envidia le atormenta,
Sino el pesar de que sus labios fieles
Ya más no sirvan que á gritarte: ¡Vival!

V

Á UNA EXTRANJERA EN ELCHE

Cuando en el valle de dolor y enojos,
Do presa está mi juventud primera,
Astro de paz, bellísima extranjera,
La ilusión dulce te ofreció á mis ojos;
¡Ay! yo sentí animarse mis despojos
Contemplando tu imagen hechicera:
Que no más linda crece en la pradera
Blanca azucena entre claveles rojos.

Mujer divina, que á mi pecho amante
Fácil retratas la beldad del cielo
En tu sereno angélico semblante;

Si ya ninfas, cual tú, no cría el suelo,
Es que de imagen de cristal brillante
Te copió Amor y se rompió el modelo.

VI

Á ROSANA

Un tiempo fué que mi pasión vehemente
Coronabas, Rosana, compasiva,
Sin que el empeño de tu madre esquiva
Entibiara en tu pecho el fuego ardiente.

Hoy que de aplausos y de glorias siente
Agitarse y arder tu mente altiva;
Hoy que brillas Sirena, amor te priva
De abrir tus rejas y mostrar tu frente.

Guárdala, ingrata, y guarda la mentira,
Para amador más simple y más cuitado,
O para el vulgo necio que te admira;

Yo no ignoro infeliz que, degradado,
Tu corazón, para el placer suspira:
Para el amor, Rosana, se ha secado.

VII

Á LA ESTATUA DE MURILLO EN SEVILLA

Huésped del Betis, en su verde orilla,
De las auras Amor, de Febo y Flora,
Inspirada á la vez que inspiradora
Á cuyos pies Itálica se humilla;

Hoy que al pintor famoso, gran Sevilla,
Tu afecto en bronce y mármoles honora,
¡Plegue á Dios que del tiempo vencedora
Seas á nuevas gentes maravilla!

Y á tí, mole feliz, jamás te ultrajen
Viento, ni sol, ni tempestad destruya
La que es sagrada de Murillo imagen.

¡Siglos vive! Por más que la edad tuya,
Y años sin fin sobre tu frente bajen,
No durarás lo que la gloria suya.

DE DON MARIANO COLÓN

DUQUE DE VERAGUA

SONETOS

I

Á ESPAÑA, POR LA INVASIÓN FRANCESA, ANTES DE LA SUCESIVA
INSURRECCIÓN DE LAS PROVINCIAS

¡Ay España de tí! ¡Españal ¡Ay! Llorá
Tu antigua pompa y esplendor perdido;
Llorá y doblega al yugo envilecido
Del galo tu cerviz dominadora.

¡Ay! Otro tiempo universal señora,
Temblaba el Sena sólo ante el rugido
Del Ibero león, tembló vencido,
Y aún roja sangre su cristal colora.

¡Oh mengua! ¡Oh vilipendio! ¿Adónde fueron
Tantos lauros? ¿Adónde? Un pavoroso
Grito responde: «¡En deshonor se hundieron!»

«¡Esclavitud!» ¡Oh nombre! ¡oh nombre odioso!
Si triunfos, glorias y poder cayeron,
Riegue mi llanto su vestigio hermoso.

II

REGRESO DE FERNANDO VII Y ENLACE CON D.^a MARÍA ISABEL
DE PORTUGAL

España, á costa de tremenda guerra,
Logró al fin rescatar su Rey cautivo,
Y templando su esfuerzo vengativo,
Volvió la paz á consolar la tierra.

Salvada ya la fronteriza sierra,
¡Cuán gozosa aclamó su fausto arribo!

¡Cómo premia este amor filial y vivo
 El paternal amor que su alma encierra!
 Pero á su padre, á su monarca amando,
 Deseaba España cultivar planteles
 De aquella estirpe augusta, y ya gozando
 De tanto bien, prepara los laureles
 Con que ornaron su sien cada Fernando,
 Y la oliva, corona de Isabeles.

ODA

AL ANIVERSARIO DEL DOS DE MAYO

¡Musa! ¿Por qué la aurora
 Al abrir hoy los quicios del oriente
 De sangre abundantísima colora
 Las rosas que derrama
 Entre destellos de la luz naciente?
 ¡Oh signo de dolor, luto y estragol
 ¡Oh España! ¡oh día aciagol
 Sin duda son las víctimas del crimen
 Los mártires de mayo que vaguean
 Y en sus hermanos el recuerdo imprimen
 De los horrores que olvidar desean.
 Hoy cumple un año que en Madrid regaron
 Con su sangre inocente
 El Prado que las auras lisonjean
 Y á la maldad su máscara rasgaron.
 ¡El Prado! ¡Ay Dios! ¡Venganza! ¡Eterna guerra
 Brotó entonces del germen que brillante
 Cual blanda lluvia se empapó en la arena!
 ¡Venganza y guerra! á monstruos homicidas
 Que con filo inclemente
 Sacrificaron tan preciosas vidas.
 ¡Venganza y guerra! el risco que resuena
 Con las últimas olas del Atlante;
 ¡Venganza y guerra! del astur brioso
 Las rocas ateridas,
 Con ronco son lloroso
 En sus cóncavos senos repitieron.

La patria entonces levantó brillantes
 Mil banderas al céfiro tendidas,
 Al céfiro apacible que susurra
 En la tumba de Tell, donde aprendieron
 Á ser libres y bravos
 Los débiles y esclavos.

Á su sagrada voz sus hijos todos
 Del lecho muelle y rico vil saltaron
 Y émulos ya de los laureles godos
 Su pecho al ardimiento, y al acero
 Su musculoso brazo presentaron.

Un día fué, cual hoy, día de Flora,
 Pero también de furias propio día,
 Que con el hacha despedazadora
 El no hay más de crueldad y alevosía
 Quedó estampado por la diestra de ellas,
 Y sólo las estrellas
 Y la calma nocturna y fervorosa
 Presenciaron la escena dolorosa
 De ese ¡no hay más! funesto, nunca hallado
 Entre los yermos de beduin tostado,
 Entre las playas del feroz caribe;
 De ese no ¡hay más! que en rabia eterna vive.
 ¡Oh aniversario de tan negra noche
 Anticipado por tan negro día!
 Tú lo eres de dolor: tú nos ofreces
 Un cuadro, aunque real, triste mil veces
 Más que espectros de enferma fantasía,
 Los fatales momentos
 En que á la voz del infernal caudillo
 El fuego y el cuchillo
 De cadáveres ¡ay! cubría á cientos
 El suelo. ¡Iberos! Ved vuestros hermanos
 Al ciego impulso de asesinas manos
 Caer! ¡Vedlos tendidos en la arena,
 Despedazados, espirantes, yertos,
 En su sangre y el polvo revolcados,
 De su sangre y el polvo ya cubiertos;
 Y ved allí también regocijados
 De su triunfo infernal, pechos de rocal
 Ese tropel de tigres carniceros

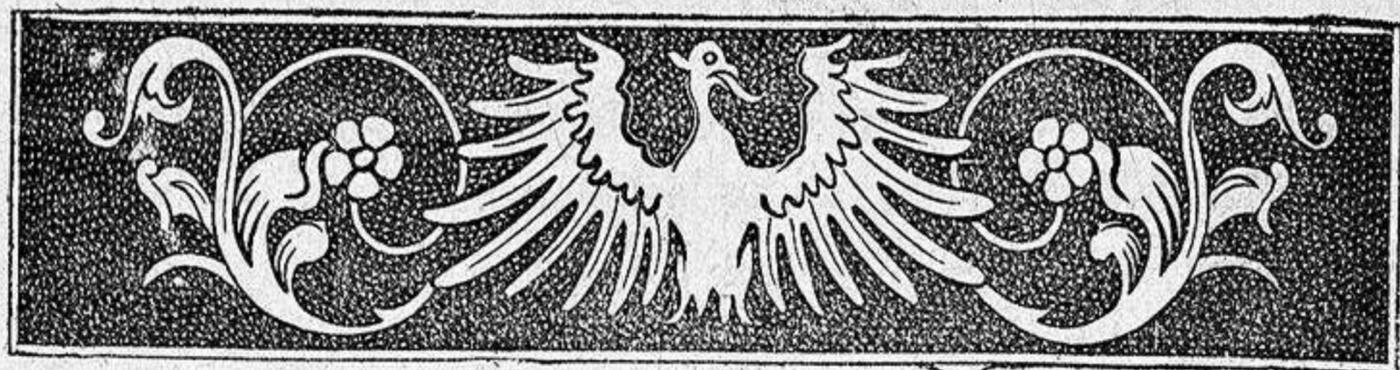
Que sólo á la sonrisa abre la boca
Cuando escucha gemidos lastimeros.
Tal danza el antropófago á la llama
Dó el bárbaro festín se apresta y clama
Devorando sus tristes prisioneros.

¡Mirad! ¡mirad! ¡oh aniversario! ¡Ah! Sea
¡Por mí lo juro ante la luz febeal
Sea también ¡oidme, castellanos!
Aniversario de venganza y guerra.
Dóblese el odio eterno á los tiranos,
Cual se ha doblado el que en mi pecho ardía;
¿Que guerra, más atroz que la venganza,
Les persiga insaciable hasta la tierra
Do con su último rayo Febo alcanza?
¡Sus, españoles, sus! Blandid la lanza:
El campo hermoso del honor espera;
Renaced, al valor y á la esperanza
En este día fúnebre: volemós
Á desnudar con mano lisonjera
Á la alma patria de su negro manto;
Vestidla joyas y enjugad su llanto.
En su mano el laurel! ¡Ah! sí; volemós
Talad, herid; las sombras aplaquemos
De los héroes de mayo
Con despojos del bárbaro enemigo,
Y sus tumbas, que son su eterno abrigo,
De fresca sombra sin cesar reguemos.

Así ha de ser, ó si la misma suerte
Que cortó entonces tan valiente ensayo
Nos hiere con igual funesto rayo,
Noble será y vengada nuestra muerte.

(Se continuará.)





ACONTECIMIENTOS LITERARIOS

1890

Catalanische Troubadoure der Gegenwart (1) (Trovadores catalanes contemporáneos), traducidos y anotados por JUAN FASTENRATH.

Dice el gran crítico inglés Mathew Arnold—cuya manera y consejos me propongo seguir, y no los que me llegan como de cargada atmósfera—que los juicios de los extranjeros son siempre deficientes, y sólo tienen valor relativo, pues carecen del amplio conocimiento que capacita para formarlos y emitirlos.

El amor entrañable á nuestra patria, el comercio continuo con los hombres de letras que aquí más valen, el dominio que posee del idioma y aun de los idiomas que en ella se hablan y su germánica constancia, hacen que sea Fastenrath casi una excepción del aforismo y que pueda y deba llamársele *Don* Juan Fastenrath.

Mientras prepara una á modo de antología de los poetas castellanos modernos, ha rendido homenaje, muy de agradecer, á la más potente de nuestras literaturas regionales, publicando en esmerado volumen 242 traducciones de poesías catalanas, valencianas y mallorquinas, á las cuales precede un trabajo, más histórico que crítico, acerca de su vital renacimiento.

(1) Un volumen de 19 × 13 × 3 centímetros, Leipzig, librería de Carlos Reisner.

La literatura catalana ha crecido y se ha abierto camino en poco tiempo, siendo más apreciada y estudiada fuera que dentro de la Península, fenómeno á que ha contribuído, á mi entender, el tinte separatista y anticastellano que algunos poetas se han empeñado en darle, falseando á las veces su historia ó reabriendo con torpe mano heridas que cicatrizó el tiempo y en que cariñosos labios puesto habían un beso fraternal.

Mientras en España somos poquísimos los que nos ocupamos en tan notable resurrección, la critican, traducen y divulgan en el extranjero: el Barón de Tourtoulon, célebre por sus estudios acerca de D. Jaime I; el Conde de Puymaigre, en las páginas del *Polybiblion*, de tan justo renombre; Mussafia, príncipe de los romanistas, de quien hablaré en próximo estudio acerca de *Las Cantigas de Santa María*; Liebrecht, Kurt, Sarine, Lientaud, Heelfferich Pépratx, Pitré, Porembowiez, autor de una extensa reseña del renacimiento catalán; Guardia (1), aunque con inexplicables rarezas en sus juicios de obras y de personas; Wagel, María Licer, Contamine de Latour y muchos otros, aparte de aquellos cuyos nombres ó trabajos desconozco.

La naturaleza que un extranjero adquiere en literatura, á no ser cuando traslada su domicilio y vive íntima vida, como Heine y Tourguenef en Francia, es, como en otro lugar dijimos, de las de *cuarta clase*: si en conjunto sus juicios se completan y forman un todo sin poros ni vacíos, aisladamente se resienten de debilidad y promueven más el caballeroso agradecimiento que la justa admiración.

Tal efecto nos ha producido la obra que examinamos, en la que se destacan dos entidades distintas: el selector ó crítico y el traductor; plácemes mil al segundo, maravilla la fidelidad con que algunas composiciones han sido vertidas á idioma de tan distinta estructura sintáctica y fonética; palabras de anfibológica significación, vense allí con la más adecuada, revelando un minucioso trabajo de consulta, verbal ó bíblica, que pocos en nuestra patria podrían realizar, pues requiere carácter y base lexicológica; la concordancia no se

(1) Balear de nacimiento.

limita, además, al detalle, al elemento suelto: es también de conjunto, abarcando la índole de la composición poética y reproduciéndola en sus caracteres dominantes, fundiéndolo de nuevo con bronce teutónicos, pero conservando la forma y la sonoridad que tuvo á bien darle el primer artífice.

El estribillo del *Cant del Llatí*, del amoroso unas veces, é intencionado y revolucionario otras, Francisco de A. Matheu,

Serem llatins,
llatins afora, llatins á dijs,
sempre llatins,

suenan con igual cadencia, recordando el golpe de la piedra alemana denominada *stinkstein* por su sonoridad.

En la *Complanta d'En Guillem*, del que en otro estudio calificamos de malogrado, pues no terminó varias comenzadas y, por tanto, inacabables obras (1), se siente la tristeza de las lontananzas, la depresión de un hecho irreparable como en el nunca bastante alabado original; y el manoseado apóstrofe del Trovador de Montserrat, Víctor Balaguer, está reproducido con iguales *inexplicables* acentos:

¡Castellanishes Castilien,
Hätt'sie nimmer dich gekant!

Hanle favorecido en su empeño la pastosidad del idioma en que vertía; el hábito de contraer; el derecho á nueva composición y hasta amalgama de voces, respondiendo á igual uso ó abuso de los poetas catalanes, y el mayor número de vocales que la longitud ó brevedad determina en una y otra lengua, logrando así la constancia en la acentuación, tan recomendada por Benot en sus modernos libros de arte métrica, y que realmente el arte musical va exigiendo en nuestros días, aun cuando falte ciertamente en los primitivos modelos de versificación.

Estimando al ilustre colector en concepto de crítico, nuestros elogios no pueden ser tan subidos, por muchos que siempre corresponda tributarle; en el prólogo se ve demasiado la lec-

(1) D. Manuel Milá y Fontanals.

tura y adopción de la desgraciadísima obra de Tubino acerca del renacimiento catalán; excepto la pincelada maestra con que define la escuela mallorquina, en todo lo restante es incoloro y más histórico personal que justo apreciador literario.

El nombre mismo de *Trovadores* con que ha bautizado el tomo es un anacronismo halagador, pero falto de precisión, pues muchos de los poetas reproducidos deben ser calificados de antitrovadores; su colocación por orden alfabético, sin tener en cuenta escuelas, banderías ni imitaciones, es, sobre antiestético como toda estadística, poco docente para las personas á quienes la obra está principalmente dirigida.

Rindiendo excesivo tributo á la fama, defecto nada ajeno á nuestros críticos, por lo cual no insistiremos mucho en él, tratándose de un extranjero, ha dejado de incluir á poetas apreciables—cuando bien pudiera haberlo hecho suprimiendo algunas composiciones de los de «cap de brot,» una vez completamente delineados,—y poesías caudales, honra y prez de la literatura catalana, sin las que no hubiera llegado á altura tan considerable.

En cambio del Doctor Letamendi, que pulsa mejor el escarpelo que la lira, de Farnés y de algunas otras golondrinas que no han llegado á constituir verano, echamos de menos al dulce Francisco Bartrina, en nada parecido á su hermano Joaquín, literariamente hablando; á Casas y Amigó, émulo de Verdager, aunque no tan inspirado; á Federico Rahola, cuya *Última oreneta* parece un cuadro crepuscular de Urgell. De Clavé falta *L'Anyorament*, que se canta por sí sola; de Collell *La Gent de l'any vuit*, que me produce el efecto de un lejano cañonazo; de Guimerá *L'any mil*, que retrata una época; de Verdager *Lo Barretinaire*, que parece una aplicación de la mística á la historia, y alguno de los fragorosos cantos de su *Atlántida*, no bastando, á mi entender, *Lo somni de Isabel*, ni, por mucho que por mi parte lo agradezca, mi traducción en verso castellano que al final se inserta, pues es episodio de tono muy distinto y hasta contrario al del gran poema, de fama universal, trasladado ya á diversos idiomas (1).

(1) Existen las traducciones siguientes: en verso castellano, por José María

En el prólogo, en que se habla del *Arch de San Marti de Provensals*, y de otros periódicos caseros ó efectistas, de índole antiliteraria algunos de ellos, no se menciona siquiera la preciosa revista *L'Arenç*, nada se dice del diccionario de Labernia, reproducido, con buenos aditamentos, por la casa editorial Espasa y Compañía, y se ha preterido al autor de *Rosada de Estiu*, D. Cayetano Vidal de Valenciano, uno de los más eminentes literatos de la tierra, en cuya obra *Renacimiento clásico literal catalán* hubiera indudablemente D. Juan Fastenrath hallado mejores materiales que los de Tubino para su, de todas suertes, laudabilísimo trabajo.

No he de citar algunos yerros como el de dar á Alberto Quintana, de Torroella de Montgrí, como hijo del madrileño autor de las varoniles odas *Á la Imprenta* y *Al Mar*, con el cual nada tiene que ver ni biológica ni literariamente; perdonables son á quien á mucha distancia escribe, como deben dispensarse á los cajistas alemanes los cometidos al componer los trozos en castellano, antes aludidos, siendo de pedir algún más cuidado cuando salga á luz la obra referente á poetas que escriben en la lengua de Cervantes, y más que ello una apreciadora selección, no dejándose guiar como Boris de Tannenuberg, Hunnesy otros, por transparente consejo ajeno, sino por el propio, bien madurado y con amplia base electiva, que estimo siempre mejor una comida á la carta cuando se entiende de manjares, como acontece á D. Juan Fastenrath, que á gusto ó á interés de determinado cocinero.

MELCHOR DE PALAU.

de Despujol (1877, Barcelona, librería de Oliveres), y por Díaz Carmona (1884, Madrid, librería Gutenberg, publicada antes en el mismo año en la revista de Madrid *La Ciencia Cristiana*); en prosa castellana, por Melchor de Palau (1879, Barcelona, Jepús; 1886, segunda edición, íd. Fidel Giró); en verso francés, por Justín Pépratx (1884, París, Ch. Bayle; 1887, segunda edición, con un prólogo de Collell, París, Hachette et Cie); en prosa francesa, por Albert Savine (1884, París, Leop Cerf, publicada en 1883 en la revista *Le Midi Littéraire*, de París); en prosa italiana, por Luigi Sugner (1885, Roma, imprenta del Senado), y en prosa provenzal, por Juan Monné (1888, Montpellier, Hamelin). Sabemos que hay inéditas una traducción en prosa castellana por don Ramón María de Manjarrés y otra en verso francés por Mr. Marius Cognat de Marsella.



NOTAS SUELTAS

Las elecciones académicas.—*Novelas cortas*, por Luis Cánovas.—Un libro de D. José María Sbarbi.—*Obras malacológicas*, por D. J. González Hidalgo.—Por olvido.

Por tratarse en él de un asunto de interés, voy á transcribir el razonado artículo que el eruditísimo literato D. Luis Vidart publica en *El Heraldo de Madrid* de ayer; pero no sin antes hacer una observación: mi inseparable amigo Rafael Álvarez Sereix, á quien el Sr. Vidart cita, á la par que estima mucho que se acuerden de su nombre, confiesa que no reune ni confía poder reunir nunca méritos bastantes para alcanzar el honroso título de individuo de número de la Real Academia Española.

Y ahora léase el interesante escrito del Sr. Vidart:

«Cada vez que ocurre una vacante en la Real Academia Española, se oyen sonar los nombres de tres ó cuatro personas que se dice están indicadas por la opinión pública para ocupar el codiciado sillón; y con este motivo, para ensalzar los méritos de tal ó cual candidato, se deprime el de los otros, llegando con mucha frecuencia á envolver en las apasionadas censuras á todo bicho viviente, pase lo familiar de la frase, desde los académicos actuales hasta los que murieron ha muchos años, y los que aún no han nacido..... académicamente hablando.

En esta lucha sale siempre lastimada más ó menos la reputación literaria de los que aspiran á la honra de pertenecer á la Academia, porque se comparan sus merecimientos con los de otros escritores ilustres que han muerto sin llegar á pertenecer á la dicha Academia, como por ejemplo: los poetas líricos Espronceda, Tassara y Ruiz Aguilera; los autores dramáticos Moratín y Fernández y González; los oradores D. Joaquín M. López y el Conde de San Luis; el humanista D. Alfredo Adolfo Camús; el historiador de la literatura española, D. José Amador de los Ríos, y el eruditísimo bibliófilo D. Bartolomé José Gallardo.

Suele suceder también que alguna ó algunas de las personas nombradas por los periódicos no ha pensado nunca en ser académico, ya sea por modestia, quizá exagerada, ó por otras causas que no es del caso averiguar; y cuando ve discutidos sus méritos literarios con ocasión de si es ó no merecedor de ingresar en una Academia, exclamaría de muy buena gana:—Señores, yo soy el primero que está convencido de que tienen ustedes razón; yo no aspiro á la honra de ser académico, al menos por ahora, y por lo tanto, siento que haya quien pueda suponer que yo he lanzado mi nombre á los vientos de la publicidad para hacer atmósfera, como se dice en el lenguaje periodístico. El Sr. Fernández Bremón, en las excelentes crónicas semanales que publica en *La Ilustración Española y Americana*, citando como ejemplo á Emilio Ferrari, confirma la verdad del peligro que corren de ser *candidatos forzosos* los que no quieren serlo voluntariamente.

Todo lo que llevo escrito no se encamina á resolver la cuestión palpitante, que ahora consiste en decidir las personas que han de ser elegidas para ocupar las tres vacantes que existen en la Academia Española, puesto que se dice está resuelto que lo sean los Sres. Barbieri, Balart y Sánchez Moguel; pero ya suenan nombres para las futuras vacantes, contando con la mortalidad de los inmortales, y se citan como merecedores del ascenso á los académicos correspondientes D. Melchor de Palau, D. Rafael Álvarez Sereix, don Agustín de la Paz Bueso y D. Adolfo Llanos Alcaraz; y se

citan también como candidatos probables á los señores don Juan Antonio Cavestany, D. Angel Lasso de la Vega, don Juan Pérez de Guzmán, D. Antonio Sánchez Pérez, D. José María Sbarbi, D. Emilio Ferrari, D. Eugenio Sellés, don José Velarde, D. Francisco Pí y Margall, D. Francisco Luis de Retes y el Duque de Almenara Alta.

Y habiendo caído en la tentación de citar nombres propios, bueno será decir que, además del inconveniente que esto tiene, y que antes indiqué, aún existe otro mayor: los olvidos injustificadísimos que en estas citas suelen cometerse. Por ejemplo, al hablar de los candidatos para la Academia de la Historia, la de Ciencias Morales y Políticas y la Española, nadie recuerda al General D. José Almirante, autor del *Diccionario militar* y de la *Bibliografía militar de España*; ni al catedrático D. Francisco Giner, uno de los poquísimos pensadores que en España se dedican al estudio del problema más importante entre todos los que hoy preocupan la atención del mundo civilizado, lo que puede y debe ser la educación nacional; ni al eruditísimo políglota D. Antonio Balbín de Unquera; y la verdad es que cada uno de estos escritores pudiera ocupar con justicia un puesto en las Academias citadas, en conformidad con sus especiales conocimientos. Conste que alguna ó algunas de las personas que acabo de mencionar no han aspirado nunca, ni actualmente aspiran, al honor académico, y hasta es posible que me censuren por haber sacado á relucir sus nombres en la ocasión presente.

Volviendo al asunto principal en que ahora me ocupo, recordaré la inmotivada exclusión que se hace de las escritoras al tratar de conceder los honores académicos. Esta exclusión ha producido, como su necesaria consecuencia, que la insigne novelista Fernán Caballero y la inspirada poetisa Gertrudis Gómez de Avellaneda hayan dejado de existir sin poder ocupar un sitio en la docta corporación, que tiene su domicilio social en la calle de Valverde, y que hoy no sean elegidas académicas ni la autora de *San Francisco de Asís*, ni otra escritora que, á pesar de su larga ausencia de España, no olvidamos, ni olvidaremos, los que leímos sus poesías en la

edad del entusiasmo; y no hay para qué decir que me refiero á Carolina Coronado.

Si se objetase que Fernán Caballero no residía en Madrid, y que lo mismo sucede hoy respecto á Carolina Coronado, yo respondería que precisamente una de las reformas que debería hacerse en los reglamentos de las Reales Academias consiste en crear una categoría de académicos honorarios, que fuera de igual valor que los académicos de número, para conceder esta distinción á los escritores ilustres que viven en las provincias. Así hubieran podido pertenecer á la Academia Española, ocupando el lugar que les pertenecía de derecho, los Sres. D. Manuel Milá y Fontanals, D. Jerónimo Borao, D. José Fernández Espino y algunos otros celebrados autores que en este momento no recuerdo.

Volviendo al asunto de que me propongo tratar, las polémicas que suscitan las elecciones académicas, y especialmente las de la Real Academia Española, creo yo que si se encontrase algún medio de evitar estas polémicas, ó al menos de quitarles el carácter agresivo que frecuentemente revisten, ganarían los académicos electos, porque no se verían puestos en solfa, como vulgarmente se dice, por los partidarios de los candidatos desairados, y ganaría también la Academia, porque al fin y al cabo la honra de una corporación se funda en la de todos y en la de cada uno de los individuos que la forman.

Paréceme que el sistema de elección que actualmente se usa en las Reales Academias podría sustituirse con otro que ofreciese más garantías de acierto, y en que se sustituyese el apasionado criterio de los amigos personales de cada uno de los candidatos por el sereno juicio de los que, siendo ya académicos, no habían de manchar su fama con resoluciones que careciesen de racionales fundamentos. Explicaré mi proyecto reglamentario de elecciones académicas con toda la claridad que me sea posible.

Puesto que la *mayoría* de los que son nombrados académicos, ó lo piden por sí mismos, ó sus amigos se encargan de pedirlo, *competentemente autorizados*, bueno fuera que se restableciese el uso antiguo de exigir la solicitud firmada por el

aspirante á ingresar en la Academia. Decir franca y lealmente: yo aspiro al honor de ser académico, me parece mucho mejor que decir lo mismo en voz baja y recatándose del público, como si tal aspiración constituyese una falta de modestia, rayana en ridícula vanidad. No; Cervantes, el gran Cervantes, con la noble sinceridad que es rasgo distintivo de su carácter, escribió en su *Viaje al Parnaso*:

«Jamás me contenté ni satisfice
de hipócritas melindres. Llanamente
quise alabanzas de lo que bien hice.»

No es censurable quien solicita el ingreso en una Academia, si realmente ha consagrado sus estudios á las ciencias ó artes que en aquella corporación se cultivan, y si en libros ó creaciones artísticas, cuadros, estatuas, monumentos arquitectónicos, etc., ha dado pública muestra de sus cualidades como pensador ó como artista. La falsa modestia es más repulsiva que el conocimiento del propio valer, que es condición ineludible del entendimiento reflexivo. La humilde, la mística Santa Teresa de Jesús, cuando oía á sus admiradores que alababan su singular talento, se limitaba á decir: «No me tengo por tonta.»

El memorial para el ingreso en las Academias debiera de ir acompañado de una relación de los hechos, en que aparecieran los merecimientos del firmante, ya como literato, ya como artista, ó ya como escritor científico. Esta solicitud y los documentos justificativos que á ella fuesen unidos formarían lo que en las oficinas del Estado se llama un expediente personal, expediente que podría ser examinado por los académicos cuyos votos se solicitaban durante algunos días; y transcurrido este plazo, se nombraría por elección, entre los dichos académicos, un ponente que diese dictamen razonado, en que, atendiendo en primer término á *los fines propios de aquella Academia*, propusiese la persona que, á su juicio, debía ocupar la vacante que había de proveerse entre todos los aspirantes á este honroso puesto.

Se daría otro nuevo plazo para que se pudiese examinar

detenidamente el dictamen del académico ponente, y después se procedería á la votación, en la que los académicos que estuviesen de acuerdo con la ponencia lo dirían así por escrito, y los que no se hallasen en este caso podrían proponer á otra persona para la vacante académica, explicando también por escrito los fundamentos de su propuesta. Claro es que sería nombrado académico el que reuniese mayor número de votos, aun cuando no hubiese sido propuesto en el dictamen de la ponencia.

Creo que el sistema de elecciones académicas que acabo de reseñar evitaría la lucha subterránea, pase la palabra, que hoy caracteriza esta clase de elecciones; y de mí sé decir que si perteneciera á alguna de las Reales Academias, preferiría ser académico ponente y manifestar con mi firma lo que pensaba de los aspirantes á los sillones académicos, que tener que desairar en secreto al que me pidiese mi voto, si le estimaba como amigo, aun cuando fuesen escasos sus méritos literarios. Es más fácil decir la verdad públicamente, que decir la misma verdad en las diarias relaciones de la vida privada. El sistema de publicidad para los trámites de las elecciones académicas creo yo que evitaría todos ó la mayor parte de los inconvenientes que presenta la forma en que hoy se hacen estas elecciones.

Supongamos que para la primera vacante que ocurra en la Real Academia Española se presentasen como candidatos todos los escritores cuyos nombres se citan, y algunos más que se creyeran con méritos suficientes para aspirar al honor académico. Si tal sucediese, el número de candidatos llegaría hasta diez y ocho ó veinte. Parece que el nombramiento de académico debe concederse, ó bien como premio á grandes merecimientos literarios reconocidos y acatados por la opinión pública, ó si esto no fuese, debe recaer en persona que por sus estudios especiales de filología y de literatura española pueda contribuir útilmente á los fines propios de la dicha Academia, expresados en el mote de su escudo: *Limpia, fija y da esplendor*. Sin formación de expedientes personales y sin dictamen de una ponencia, ¿cómo discernir entre veinte candidatos quién es el que reúne más condiciones para

ocupar el sillón académico por uno ú otro concepto de los antes indicados?

Cada día es mayor el número de los que aspiran á ser académicos, y es preciso transformar en palenque abierto para la lucha noble de la inteligencia esos cerrados gabinetes y salones en que se zurcen voluntades y se fabrican glorias que serán desconocidas en lo porvenir, pero que sirven de provecho á los agraciados, y hasta suelen deslumbrar con su falso brillo á los muchos que aún restan de los que no calificaba de sabios el sabio Salomón. Si mi proyecto de reglamento para las elecciones académicas pareciese mal, podrá establecerse otro que sea mejor, y yo seré el primero en alabarlo; pero de uno ú otro modo, hay que evitar á toda costa los inconvenientes que hoy tiene el uso establecido para proveer las vacantes de las Academias, y especialmente las de la Academia Española, en que á veces la lucha entre los secuaces de los candidatos que se presentan es tan encarnizada que traspasa los límites que deben de imponer los miramientos sociales en la pacífica república de las letras y de las ciencias.»

*
* *

Nunca se ha podido decir con más fundamento que no se deben tomar los libros á peso. *Novelas cortas*, que pertenece á la «Biblioteca selecta» que publica Pascual Aguilar en Valencia, es un tomito pequeño, muy pequeño, pero de oro, cuyas páginas embelesan al lector y le causan deleite indecible.

Tengo por exagerada la opinión que en *Nubes de estío* defiende uno de los personajes—no me atrevo á decir que el insigne Pereda—tocante á los obstáculos con que casi siempre lucha el escritor que reside fuera de Madrid; ni coincido con la incomparable Emilia Pardo Bazán en creer que la fama se adquiere con igual prontitud, escríbase desde donde se escriba. Por el hecho mismo de vivir en la corte buena parte de los más ilustres ingenios españoles, la atención del país se encamina principalmente á notar lo que en la

corte ocurre, cuanto en ella se escribe y da á la estampa. Años y años estuvieron las *Escenas montaÑesas*—acaso la más personal y perdurable labor del eximio literato santanderino—durmiendo el sueño de la indiferencia y cubiertas por el polvo en apartados estantes de las librerías.

Así me explico que Luis Cánovas, elocuente abogado de lo Contencioso, que vive tranquilamente en una de las más bellas ciudades mediterráneas, no sea aún tan conocido como merece. Cánovas nos envía ahora desde Alicante, con el título de *Novelas cortas*, cinco primorosas narraciones. En la primera de éstas, *El expediente*, luce sus peregrinas dotes de observador al bosquejar una oficina de Hacienda con personajes de esos que, por lo exactos, parecen de carne y hueso. En *El lector* presenta con gracia y donaire á un monomaniaco por los libros nuevos acabados de salir de las prensas, como tantos otros lo son por las obras antiguas, incunables y ejemplares únicos. *El reloj de sangre* trae muchos recuerdos á la memoria de los que de niños tuvimos la fortuna de habitar en Alicante, en cuyo alto castillo de Santa Bárbara, inmensa á la vez que airosa mole que defiende á la ciudad, hay constantemente un centinela que cuida de repetir con una campana las horas que da el reloj de la colegiata de San Nicolás. *El do de pecho* es la breve y verosímil historia de un joven que logra, por caprichoso y favorable conjunto de circunstancias, ser un aplaudidísimo tenor.

Pero con valer tanto las cuatro anteriores novelitas, no suman todas ellas, á mi juicio, lo que la denominada *Faime el Leveche*. Cuando apareció por primera vez en *La España Moderna*, un mi amigo, que no peca de benévolo, me aconsejó que la leyera, añadiendo: «Diríase que está escrita por Pereda.» Y es verdad. La descripción del reparto de premios que dirige D. Mariano, representante de la Sociedad española de salvamento de náufragos, en el cual primer capítulo asoma ya la interesante figura de María, hermosa joven que perdió á su amado esposo, antiguo marinero de la *Zaragoza*, en una de sus excursiones como pescador de Torrealantigua, y había concentrado todo su cariño en el hijo que le quedaba, en Gorete; la madre de María, Pepe el Terral y

Jaime, compañero que fué de Gregorio en la fragata antedicha, son tipos dibujados con singular maestría; la lucha que Pepe y Jaime, ambos enamorados de la fiel y hechicera viuda, sostienen en una partida de pelota, y la resolución de Jaime, tan firme en el querer como tímido para revelárselo al dulce tormento de su alma, de partir para América en el vapor *Buenos Aires*, todo, todo acredita á Luis Cánovas de escritor de primer orden.

Mas donde crece el interés por modo extraordinario, y el ánimo queda en suspenso, y el corazón se contrae y la impaciencia febril obliga á devorar, que no leer las páginas, es cuando el autor describe el temporal que amenaza hundir en las profundidades del mar al tierno y desamparado Gorete; cuando Jaime se lanza sólo en su busca para salvarle ó morir con él, sin calcular el peligro, porque quiere entrañablemente al pobre niño y adora á la mujer que allí en la playa sufre las ansias inenarrables de la madre que teme perder de un momento á otro á su hijo. ¡Qué grandioso cuadro el de Jaime combatiendo solo con las furias del mar embravecido! ¡Cómo conmueve verle «tender hacia adelante» su torso hercúleo, afianzar sus manos de hierro en los «toscos remos, y describir con todo el cuerpo violento se micírculo hasta tenderse casi en el bote, doblándolos como «templadísimos aceros toledanos!» Vuelve al fin el Leyeche con el niño, que le abraza por la cintura; salva el último gran peligro, la rompiente cercana á la costa, llega á tierra, y entonces, en aquel instante supremo, María, la viuda que tan presente tenía el dulce recuerdo del perdido esposo, estruja convulsiva al pálido y espantado Gorete en sus brazos, y lo besa exclamando:

— «¡Hijo de mi vida!

» Pero de pronto soltó al rapaz, se arrojó frenética en brazos del Leyeche, y besándole con pasión en el robusto cuello, gritó:

— «¡Jaime de mi alma!... Tú... tú serás el padre de mi Gorete...»

¿Quién al leer esta parte del libro no recuerda la manera como pinta el autor de *Sotileza* un día de galerna? Este cua-

dro de Luis Cánovas es comparable al del egregio maestro. ¿Cabe decir más en su elogio?

Ahora parece que, merced á la valiosa intervención de Emilia Pardo Bazán, que gusta de proteger á cuantos valen de verdad y le piden su apoyo, una de las principales empresas editoriales de Madrid se dispone á publicar una novela más extensa del escritor alicantino, intitulada, si mal no recuerdo, *Mi prima Pepa*. Con ésta y con *Novelas cortas* los editores harán un buen negocio y el público inteligente apuntará un nombre más en la lista, no muy numerosa, de sus autores predilectos.

*
* *

Nadie ignora que el muy ilustrado sacerdote Sr. Sbarbi es el primero de nuestros paremiólogos; sus publicaciones le acreditan de hombre eruditísimo y de sutil ingenio, cualidades que resaltan en la obra que le premió la Biblioteca Nacional veinte años hace y que se publica con un retraso que no nos acertamos á explicar (1). El autor da gallardo testimonio de su inmensa lectura y portentosa retentiva; escribe correctamente, más aún, con atildamiento que no tiene nada de amanerado; y cuantas noticias registra en el extenso volumen son muy pertinentes al caso. Si todas las obras que se publican oficialmente fueran de tanto valor como ésta, no tendríamos más que calurosos plácemes para los Gobiernos.

Acreditase el Sr. Sbarbi de maestro en la materia con la admirable *Disertación* que da comienzo al libro y en la cual estudia los puntos siguientes: Diversos nombres con que designa nuestra lengua la variedad de dichos.—Etimología.—Fuentes de donde brotan los dichos.—Su importancia, excelencia y utilidad en general.—Ventajas que reporta su estudio aplicado á la lingüística.—Antilogias ó contradicciones aparentes.—Uso y abuso.

(1) *Monografía sobre los refranes, adagios y proverbios castellanos y las obras ó fragmentos que expresamente tratan de ellos en nuestra lengua*. Obra escrita por D. José María Sbarbi, presbítero, premiada por la Biblioteca Nacional en concurso público de 1871 é impresa á expensas del Estado.—Madrid, 1891. En 4.º mayor, 412 páginas.

Para muestra del notable trabajo copiaré parte del capítulo II de la mencionada *Disertación*:

«Como quiera—escribe el Sr. Sbarbi—que se puede decir de los refranes lo que del pincel del pintor, que copia á la naturaleza, de ahí es que no sustrayéndose nada á su jurisdicción nos dispensan inmensos servicios en todos los lances de la vida en que se necesita autorizar el principio que se defiende, y hacerlo al propio tiempo de un modo concreto y decisivo.

»En efecto, norma segura de las costumbres; regla infalible en el terreno de la higiene; faro luminoso en el comercio social; brújula que nos guía en el vasto océano de la historia; intérprete de las verdades eternas que atesoran las ciencias, las letras y las artes; salsa sabrosa que derrama el donaire y la jovialidad en el discurso, conduce el proverbio al conocimiento de la filosofía moral; vale para persuadir; sirve para ornato de las bellas letras; da realce á la poesía, y se hace indispensable su estudio para la más cumplida inteligencia y acertada interpretación de los autores clásicos. Así es que todas las formas toma; nada se exenta de su poder; ningún género le es extraño, á todos los caracteres se adapta. Grave con el serio; chistoso con el alegre; doctrinal con el escolástico; picaresco con el desenvuelto, todos le traen en boca, porque á pesar de la verdad que le asiste y que está en la conciencia de todos, su forma breve, y por lo regular cadenciosa, le abonan sobre modo para inculcarse con mayor fijeza en la mente de la generalidad; por eso su imperio es universal y tan antiguo como el mundo, y su duración alcanzará hasta el fin de las generaciones.»

Y para probar cuán ilimitada es la influencia del refrán en todos los actos de la vida, añade:

«¿Es impulsado por su fogosidad el inexperto joven á acometer empresas temerarias? Pues á poco trecho y con sólo tender la vista en derredor suyo, descubrirá palpitante el principio de que

Quien ama el peligro, en él perecerá.

¿Quiere pagar un nuevo tributo al detestable vicio de la

mentira? Pues le sirve de freno, cuando los principios religiosos no le bastaran, el haber oído decir que

Más presto se coge al mentiroso que al cojo.

La naturaleza humana es sumamente flaca; vaso quebradizo y deleznable, bajel que tiene contrarios los vientos todos, necesita poner en juego cuantos resortes están á su alcance para evitar cualquier choque que pudiera desbaratarla, y saber luchar con los elementos enemigos concitados á una para echarla á pique; por eso cuida muy bien de llevar á debido efecto aquel consejo que le dice:

Come poco, ceña más, duerme en alto y vivirás.

Flaca en cuanto al terreno material, no lo es menos tocante al espiritual. Cualquier injuria, por leve que sea, la indigna, subleva y exacerba; quiere tomar pronta y cumplida satisfacción, pero ¡ay! desgraciada de ella si no recuerda en momento tan crítico que

Dando gracias por agravios, negocian los hombres sabios.

Entramos, últimamente, por abreviar nuestro ya enojoso discurso, en la mansión donde reposan los restos exánimes de nuestros semejantes que fueron, y al leer en aquel grandilocuente libro, cuyas hojas son otras tantas losas funerarias, una misma verdad expresada en términos más ó menos extensos, más ó menos lacónicos, pero que tienden al mismo fin, cual es recordar al hombre que no pasa de ser polvo y ceniza en medio de su infundado orgullo, y que sólo en aquel respetable y silencioso recinto es donde se encuentra la verdadera igualdad, no podemos menos de exclamar entonces, aun cuando después de haber abandonado aquella morada releguemos al olvido tan sublime lección:

Vanidad de vanidades, y todo vanidad.

Así es como cumple con su importante, excelente y útil oficio el proverbio, constituido en verdadero Mentor, que aconseja y guía al hombre en cada una de las clases y condiciones sociales, y en todas las circunstancias de la vida, desde el vagido primero que su razón exhala, hasta que llega á lanzar su postrimer suspiro.

¿Con qué pagaremos, pues, los servicios que nos presta amigo tan inapreciable?»

*
* *

Acabo de recibir la entrega segunda de la notabilísima producción (1) que da á la estampa el ilustre naturalista y académico D. Joaquín González Hidalgo; me disponía á tributarle las alabanzas de que tan digna es, cuando llega á mis manos una nota bibliográfica, inédita, escrita por un muy docto ingeniero de montes, que ya trató de la primera parte de la excelente producción, y en bien del Sr. González Hidalgo y de los lectores, prefiero copiar lo que aquél dice. Hélo aquí:

«Los merecidos elogios que al autor y á la Real Academia de Ciencias Exactas Físicas y Naturales tributamos, con motivo de la aparición de la primera entrega de esta obra importantísima, resultan sobrado escasos ante el mérito de la segunda.

Prosiguiendo los *Estudios preliminares sobre los moluscos terrestres y marinos de España, Portugal y las Baleares*, que han de constituir la segunda parte de la obra completa, y dando fin al primer tomo de esta misma segunda parte, dedica el autor toda la entrega que acaba de publicarse, y que forma un volumen de 462 páginas, á la enumeración de las obras que para el estudio de la fauna malacológica de España ha consultado, citando no sólo los nombres de los autores y los títulos de cuatrocientas cuarenta y nueve de aquéllas, sino también los datos más interesantes que las mismas

(1) *Obras malacológicas*, entrega segunda, páginas 273 á 734 de la parte segunda, en 4.º mayor, y entrega primera del atlas con treinta láminas en negro.—Madrid, imprenta de D. Luis Aguado.

contienen sobre los moluscos terrestres y marinos de la Península, trabajo para el cual ha tenido que revisar más de novecientas, ó sea doble número de las anotadas en su propia relación bibliográfica. Digno remate de este ímprobo trabajo, que por sí solo prueba la gran conciencia científica y la inagotable laboriosidad del Sr. González Hidalgo, es un bien escrito *Resumen*, en el cual refuta victoriosamente los argumentos de los que, impulsados quizás por móviles poco nobles, y desde luego nada generosos, intentan rebajar la importancia de los estudios conquiológicos, atribuyéndoles poca ó ninguna trascendencia en la esfera científica. Las razones que, robustecidas con la autoridad de naturalistas tan eminentes como Martini, Schemnitz, Kiener, Reeve, Soberwy, Tryon, Pilsbry, Orbigny, Quoy, Gaimard, Martens, Adams, Jeffreys, Watson, Smith, Dall, Mac-Andrew, Fischer, Kobelt y otros, aduce el Sr. González Hidalgo, en demostración de lo contrario, son en nuestro concepto irrefutables y prueban de un modo concluyente la ignorancia de los que profesan y divulgan una opinión tan contraria á la realidad.

Notables son, por todos conceptos, las treinta láminas en negro, comprendidas en la primera entrega del atlas que á la segunda del texto acompaña. Las figuras que en dichas láminas se representan son fotograbados obtenidos directamente de los ejemplares naturales, excepto en aquellos casos en que, por tratarse de especies muy pequeñas, era imposible emplear con buen éxito el mismo procedimiento, y ha sido preciso recurrir á la fotografía de dibujos muy ampliados. Fácil es, pues, de comprender que dichas figuras son una imagen exactísima de las conchas que reproducen, presentando en su conjunto y detalles una minuciosidad y perfección que en vano se hubiera pretendido alcanzar por otros medios. Á la realización de tan difícil empresa han contribuido juntamente con el autor los fotógrafos Sres. Laporta, el impresor Sr. Rivadeneyra y D. Florentino Azpeitia, que se ha prestado desinteresadamente á la ejecución de los dibujos, cuando han sido necesarios. Digno también de aplausos por la perfección con que ha desempeñado su cometido

es el pintor Sr. Arroyo, á quien se ha confiado la iluminación de las figuras para la tirada en colores de cien ejemplares de cada lámina. Estos hábiles artistas han puesto de su parte todo lo posible para que el primer atlas sobre moluscos que se publica en España, y acaso también el primero por el procedimiento del fotograbado, resulte con toda la verdad y exactitud necesarias para la fácil determinación de las especies que en él se representan. Alcanzan, por tanto, á todos ellos los plácemes que dirigimos tanto al autor de la obra como á la Real Academia que patrocina y costea su publicación.»

*
* *

En los postreros años de su provechosa vida ocurrióle una vez al insigne D. Juan Eugenio Hartzenbusch—ignoro si este detalle lo consignan sus biógrafos—que al preguntarle la criada de un amigo á quien iba á visitar cómo se llamaba, repuso: «Me llamo, me llamé.....» y rompió á llorar, porque en aquel momento habíase olvidado de su nombre. Es disculpable, por lo tanto, que yo, que disto de los talentos y feliz memoria del gran autor de *Los Amantes de Teruel* más que el sol de la tierra; yo, que escribo siempre con angustia de tiempo, omitiera en el número anterior, al referirme en el *Boletín bibliográfico* á la prensa de Alicante, uno de sus diarios más importantes y mejor escritos, *El Alicantino*.

Á éste como á cuantos periódicos ven la luz en la hermosa ciudad antedicha debo multitud de consideraciones, que no pagaré con perdurable agradecimiento. Yo, á quien divierte la atención en Madrid muchedumbre de asuntos, nunca dejo de leer las publicaciones de Alicante; me encantan por sus cualidades literarias, por la cortesía con que se tratan los adversarios políticos, cosa que no acaece en todas las provincias, y siento por ella especial predilección, acaso, acaso porque antójaseme á veces que con ella vienen emanaciones de aquel mar tranquilo y reflejos de aquel cielo azul que me encantaron de niño, recuerdos dulces de un bien perdido que me alientan en los tristes días de la edad madura

y son como los espejismos del desierto, que al fingir lejanísimos oasis, sirven para que cobre ánimos el viajero y continúe su lucha con las mil contrariedades de la vida.

Conste que no he preterido deliberadamente á ningún periódico de Alicante; por todos ellos siento igual intensa simpatía, como nacidos que son en aquella ciudad encantadora, modelo de bondad y de cultura.

ZARAVEL.

26 de Noviembre.





LOS CAMBIOS INTERNACIONALES

1.—ERRORES ECONÓMICOS ACERCA DEL VALOR É INFLUENCIA DEL NUMERARIO COMO ELEMENTO DE LOS CAMBIOS INTERNACIONALES.

Las cuestiones del cambio sobre el extranjero, que tanto agitan la opinión de nuestras clases comerciales en los actuales momentos, evidencian en primer término, tal y como ahora aparecen planteadas en el orden de nuestros intereses económicos, las deficiencias ó errores de una de las teorías más fundamentales de la escuela librecambista.

Pretendía esta escuela que el oro y la plata son una mercancía como otra cualquiera, y que por esto mismo la exportación del numerario es indiferente, ó más bien ventajosa, siendo las expresiones de *cambio á favor* ó *cambio en contra* bárbaros y trasnochados tecnicismos de las absurdas teorías de la balanza mercantil, puesto que, cambiándose siempre productos por productos, los saldos de la exportación y de la importación, cualesquiera que sean sus componentes económicos, tienen que representar siempre necesariamente valoraciones equilibradas; y de aquí que las expresiones de los mercantilistas *saldo á favor* ó *saldo en contra* pugnen también con la realidad económica y carezcan por ello de toda propiedad ó sentido. El comerciante—dicen los de esta escuela—que exportó

el oro, obtuvo con él una mercancía de mayor valer: de otra suerte no hubiera realizado la operación. Y si esto ha procurado un beneficio al comerciante, no es posible que por ello le resulte daño al país.

El comerciante, atento sólo en las oscilaciones de los cambios al dato empírico y egoísta de si tendrá ó no facilidades en el cumplimiento de las obligaciones por él contraídas para próximo vencimiento, podrá no ver ni presumir siquiera las ulteriores consecuencias que trae á la economía general de una nación la carestía ó la abundancia del numerario; pero este empirismo estrecho no es tan peligroso para la economía nacional como el optimismo de las altas teorías económicas, fabricadas en demostración de que el dinero en nada difiere de las demás mercancías. Acredita, en efecto, la experiencia cotidiana, con mayor evidencia que todos los apriorismos económicos que la abundancia de numerario es el elemento mayor de fecundación que pueden tener todas las fuentes del trabajo y de la producción nacional; que cuando el numerario abunda los precios suben, y la subida de los precios anima rápidamente todas las industrias; pero que, en cambio, en cuanto encarece el numerario, es decir, el vehículo por medio del cual se cambian los productos, ó sea el agente conductor de los torrentes circulatorios de la vida económica del país, la circulación comercial resulta entorpecida y anémica; el comercio y la industria compran y venden con dificultad; todos los valores, en fin, los fondos públicos, lo mismo que los demás, entran en depreciación, surgiendo, para decirlo de una vez, ese estado anormal y peligroso que la patología económica califica de estado de crisis.

Y entre los estados de crisis económica, ninguna trae consigo consecuencias tan desastrosas y de más difícil remedio como las que se caracterizan por el encarecimiento del numerario. La desaparición de los metales preciosos produce, en efecto, como resultado inmediato la baja de los precios; y la baja de los precios no motivada por la abundancia ó abarataamiento de la producción, sino por el encarecimiento del oro, es para el arrendatario la imposibilidad de pagar sus rentas, para el propietario la necesidad de bajar los precios de sus

arrendamientos, y aun tal vez de dejar yermos sus campos, como se dieron hoy tantos ejemplos en el solar europeo; significa también la paralización de los negocios comerciales é industriales, porque el industrial tiene que vender sus productos con tipos de valoración distintos de cuando compraba las primeras materias, y el comerciante tiene que vender al mismo tipo, ó quizás más caro de lo que compró. El capitalista mismo, ante el marasmo del comercio y de la industria, inmobiliza su numerario en los depósitos y cuentas corrientes de los Bancos; y si no se consiguen pronto remedios á semejante estado de crisis que produce tan honda perturbación en todas las relaciones de la vida económica, se impone la lucha violenta de clases como inevitable desenlace, en los campos, el proletariado y los colonos se ponen en guerra contra los propietarios, en los centros de industrias las clases productoras se sublevan contra empresarios, amos y patronos.

Ante un país que se encuentra en semejante grado de abatimiento y postración, las naciones que cuentan plétora ó mera abundancia de numerario, y por consiguiente precios subidos en todo producto, hallan natural interés en invertir este numerario abundante en la nación que por su propia penuria tiene que darlo todo barato. Así se establece el equilibrio, pero con diferencias muy sustanciales en las situaciones respectivas, pues la nación que, por abundancia de numerario, pudo colocar sus capitales en la que padecía anemia en su agente de circulación, percibirá en lo sucesivo de ésta un tributo anual como interés del préstamo que le hizo.

La experiencia podrá haber desautorizado el antiguo prejuicio de la escuela mercantil, que suponía al oro y á la plata como á la riqueza por excelencia, y que el objeto principal del comercio consistía en la adquisición de estos metales, siendo por ello país más próspero y rico aquel hacia el cual se dirigían con más fuerza las corrientes del numerario. Pero si se equivocaban los de esta escuela al desconocer que la riqueza de una nación no consiste sólo en la mayor ó menor cantidad de metales preciosos que retenga, sino en la abundancia de cosas útiles que posea, en cambio, aunque incurrieran á las veces en absurdas teorías, su sentido práctico les hacía entrever con mu-

cha más honda penetración que toda la llamada escuela clásica de la Economía política, los trascendentales fenómenos de la circulación monetaria, y los llevaba á apreciar con toda exactitud que el numerario, por el mero hecho de ser numerario, tiene potencias propias que le distinguen de todas las demás mercancías y que su afluencia es uno de los más poderosos estímulos para el desarrollo del comercio y de la industria, así como su carestía ó desaparición provoca pavorosas crisis en toda la economía social.

No les engaña en esto á las clases comerciales y á los hombres de negocios su gran instinto de la realidad económica en que ellos se agitan. Además de que la experiencia cotidiana aporta cumplidas justificaciones á la ansiedad con que ellos siguen los balances de los cambios internacionales y el precio de las letras sobre el extranjero, tienen también de su parte la autoridad doctrinal, pues en este campo cuentan á su favor ilustres economistas, alguno tan competente como Bagehot, que en su magistral estudio sobre «El mercado financiero de Lombard Street» proclama ni más ni menos que cualquier empírico mercantil que «el dinero es el nervio de la potencia económica y que la nación cuya supremacía se impone en esta esfera, es aquella que puede ofrecer á toda hora mayor suma de dinero disponible.» Aunque los consagrados á las empresas del comercio y de la producción no acierten siempre á demostrar sus aforismos con la superioridad de doctrina y maestría de dialéctica que Bagehot, y ya sea equivocada ó cierta la teoría económica que formulen estos empíricos, de todas suertes, la intuición que ellos tienen del mundo real económico es exactísima. Saben perfectamente que toda la contratación, los préstamos de banca, los tipos de los descuentos, las liquidaciones de los negocios, se asientan sobre escalas de valoración, determinadas necesariamente por la facilidad de los medios de cambio y la abundancia ó carestía de los agentes de la circulación. Cierto que estos agentes pueden ser metálicos ó fiduciarios, igualmente importantes ambos, y que sin el elemento fiduciario la circulación metálica es incompleta; pero como la circulación fiduciaria se dilata ó se contrae, según la base metálica en que se apoye, resulta en definitiva que los precios de todas las co-

sas están siempre en estrecha relación con la existencia del numerario, oscilando por consiguiente en alza ó baja, y con ello también la actividad ó el marasmo económico, según la abundancia ó disminución de la moneda internacional.

Conviene mucho, por tanto, para el examen de estas cuestiones sobre el cambio internacional no perder de vista, como punto de partida, la premisa de que aun cuando fuera erróneo todo el sistema económico ideado por los mercantilistas en explicación teórica de los fenómenos que produce un saldo favorable ó contrario en la balanza de comercio y la importancia fundamental del numerario en estas operaciones, sin embargo, mucho más que las fórmulas doctrinales de los economistas clásicos se ajustan á la realidad de las cosas los conceptos empíricos del comerciante y del banquero, preocupados ante el temor de que un saldo contrario de la balanza mercantil pueda crearles, con el agio del cambio internacional, grandes dificultades para el cumplimiento de las obligaciones que tienen contraídas.

2.—CÓMO REFLEJAN LAS LETRAS COMERCIALES LAS RESULTANTES DE LOS CAMBIOS INTERNACIONALES.

Las cuestiones del cambio internacional y la apreciación de los diferentes factores que en él intervienen son tal vez las más complicadas de la economía política. Por esto mismo, ni cabe resolver tales cuestiones mediante una fórmula abstracta, como han propuesto los economistas, ni es posible tampoco, en la mayor parte de los casos, hallar, como suele pretenderse, una causa única que dé por sí sola explicación satisfactoria de los fenómenos que presentan. Para inteligencia de este género de problemas no basta, con efecto, tener en cuenta las resultantes de la balanza internacional, tanto en las operaciones de comercio que reflejan las estadísticas de aduanas, cuanto en el trasiego de valores y efectos, deudas de Estado, acciones y obligaciones de Compañías, que no figurando en las relaciones aduaneras, alcanzan hoy, en las oscilaciones de esa balanza, influencia mucho más decisiva que la importación ó exportación de las mercancías ordinarias: es menester, ade-

más, analizar las diferencias de valoración en los agentes de la circulación de cada Estado, las bases del crédito público de cada país y los otros elementos que contribuyen á la formación del precio de las letras de cambio en combinaciones tan múltiples y complejas que tal vez no presenten dos situaciones completamente iguales.

Examinando en su aspecto más sencillo la naturaleza del cambio internacional, se ve que su operación se reduce á que los individuos de una nación que tienen que efectuar pagos en el extranjero, á fin de evitarse en esta liquidación de créditos el trabajo, riesgo y coste de un envío material de numerario, buscan dentro de su propia nacionalidad á los que tengan, por el contrario, que efectuar cobros en las mismas naciones extranjeras donde ellos tienen débitos. Los deudores y acreedores en el exterior encuentran así manera de compensar unos con otros sus respectivos créditos, liquidando sus pagos dentro de su propia nación.

La naturaleza se encarga de hacer por sí misma esta liquidación, cuya última resultante es el precio de la letra de cambio, en el cual el verdadero estado, en cada momento, de la cuenta corriente de una nación con el extranjero se refleja con tanta exactitud como la que por medio de la fotografía instantánea se alcanza de la sucesión de los movimientos más vertiginosos. Para tomar la verdadera perspectiva de conjunto del estado de las relaciones económicas de una nación con el mercado universal, el precio de las letras comerciales importa por consiguiente mucho más que las balanzas de comercio formadas en oficinas de aduana. Sin negar por ello que las cifras de la importación y exportación recogidas en las aduanas ofrecen datos valiosísimos é indispensables para el buen gobierno económico de las naciones, estos datos son por su propia naturaleza tan deficientes, que hasta en los aspectos parciales y limitadísimos del mercado internacional que ellos descubren dan fácilmente lugar á grandes espejismos. Porque ni las valoraciones son en estos estados dato seguro, ni cabe tampoco fiar en la exactitud de las masas de mercancía por ellos representadas como movimiento del tráfico; y además dejan envuelto en completo misterio ese enorme y

vertiginoso movimiento de la riqueza de los llamados valores móviles, más importantes hoy que cualquier otro elemento económico; pues en las sociedades contemporáneas, mientras el valor de la ordinaria mercancía, que puede reflejarse en las estadísticas de aduanas, ha aumentado en proporción de 100 á 818 en lo que va de siglo, el aumento de los valores móviles aparece en la proporción de 100 á 27.000 (1); convirtiéndose por medio de sus acciones y obligaciones las vías y obras de los caminos de hierro y las fábricas levantadas para asiento de las industrias, y el mismo suelo de la nación, en materia más fácilmente exportable aún que las mercancías arrastradas por las vías férreas y que los productos de las industrias y que las cosechas que germinan en los campos. Estos valores móviles son ahora el factor más importante de las compensaciones internacionales, y se sustraen por completo á la cuenta y razón de las estadísticas aduaneras, mientras que las letras de comercio, producto natural de toda la fisiología económica de las naciones, compendian con admirable exactitud en la cotización del precio del cambio internacional la operación total de la vida económica.

Si en la liquidación de las compensaciones internacionales resulta que las deudas de una nación á otra son iguales y se compensan en todos conceptos, porque coinciden las fechas del vencimiento de sus pagos y la moneda en que ha de hacerse efectiva la operación es equivalente, ó bien porque, habiendo diferencias entre ellos por uno de estos conceptos, se compensan por diferencias contrarias en algún otro sentido, quedará reducida toda la operación á que el grupo de acreedores y el de deudores se canjeen sus obligaciones al precio que en el tecnicismo mercantil se llama *la par*.

Pero desde el momento que alguno de los elementos constitutivos del precio en el cambio internacional hace imposible una liquidación compensadora, el premio de la letra de cam-

(1) Véase ALFRED NEYMARK, *Le centenaire de la France*, en demostración de que desde 1789 á 1889, el total de los valores móviles poseídos por la Francia ha aumentado desde 300 millones á 80.000 millones, mientras que el comercio general sólo ha aumentado de 1.000 millones á 9.000 millones.

bio sobre el extranjero constituye la indicación precisa y hasta la graduación matemática del desequilibrio característico de cada situación en el estado de las deudas recíprocas de diferentes naciones.

Este desequilibrio puede tener su origen ya en la desigualdad de las obligaciones contraídas y representadas por los saldos favorables ó contrarios, ya en los términos de los vencimientos, ya en la relación del valor de su moneda respectiva, ya en la solidez de las garantías, ya en la amplitud del crédito público y privado de que disponen los elementos bancarios que en cada nación intervienen como agentes medianeros de esta operación liquidadora, ya, en fin, en los desequilibrios de la circulación fiduciaria con el metálico, ó en otro cualquiera de los múltiples factores que directa ó indirectamente determinan el precio de la letra de cambio sobre el exterior.

Fuera en vano buscar en el premio del cambio un dato bastante para que él por sí solo indicara cuál de estos elementos es en cada situación la principal causa determinante de que un país aparezca respecto de otro en estado de deudor. El tipo del premio de los cambios no alcanza á apreciar tales datos: constituye el más seguro de los barómetros para graduar en cada momento la verdadera situación é importancia del estado de desequilibrio favorable ó contrario de una nación en las relaciones del comercio internacional, pero no indica cuál es la causa de la variación del precio de la letra.

3.—DEL LÍMITE DEL PRECIO DE LAS LETRAS, SEGÚN LA RESPECTIVA SITUACIÓN ECONÓMICA DE LAS NACIONES QUE EN ELLAS INTERVIENEN.

A.—*Límite del precio de las letras entre naciones con situación normal y equilibrada en sus relaciones mercantiles.*

Cabe, sin embargo, para estos propios intentos, recoger de los mismos tipos del cambio internacional algunas indicaciones de gran alcance que, si no bastan á señalar cuál es en cada caso particular el elemento que más influye en la valoración

de las letras, descubren al menos indirectamente, á juzgar por los efectos que producen, los elementos que en dicho caso actúan con más energía para la valoración del premio.

Con efecto, además de los datos valiosos que para toda persona experimentada proporciona el examen de un conjunto de letras, facilitándole importantes noticias acerca del origen de las operaciones mercantiles que motivan tales giros, así como acerca de la naturaleza de las relaciones comerciales entre las dos naciones y de los procedimientos bancarios y grado de crédito y confianza recíprocos entre la banca que en cada una de ellas actúa como medianera en estas operaciones, el tipo mismo del cambio puede servir también para calificar ó diagnosticar la situación económica de los países entre los que se cruzan estas letras.

Hay, por ejemplo, fuera de la par, un primer estado de los cambios que, por sus cortas diferencias con la par misma, denota desde luego que las oscilaciones entre la exportación y la importación de esas naciones vienen á estar casi compensadas. La pequeña prima que se abona en tales circunstancias acusa, si es en contra, que los importadores, considerando que la balanza pudiera serles contraria, se han apresurado á adquirir efectos sobre el exterior, con tal de no verse precisados á una exportación material de numerario. Y viceversa, la prima á favor es indicio de que los exportadores, ante el temor también de que la liquidación de la balanza pudiera á su vez obligarles á la remesa metálica, se han apresurado á su vez á resguardarse de semejante eventualidad, pagando un sobreprecio á los acreedores por importación en aquel país. En uno y otro caso, lo que los tenedores de créditos internacionales tratan de evitar es la necesidad de trasportar numerario, con los sacrificios consiguientes á esta operación. Por tanto, la cuantía de la prima que por este concepto estarían dispuestos á abonar se limita por la extensión misma que puedan representar los quebrantos y pérdidas del envío material de numerario. Y esta prima puede llegar á importar toda la cantidad equivalente á la suma de las partidas de coste del transporte—flete, seguro, intereses, etc.;—porque, aun suponiendo que la prima del cambio resulte completamente igual al gasto de la expedición del

metálico, siempre hay mayor comodidad en hacer la remesa por medio de efectos que en conducción de oro. Por esto, la balanza de comercio es incapaz de elevar por sí sola la prima del cambio internacional más allá del límite que como máximo traza el coste del envío material de numerario, ó sea el *gold point*.

Inútil es observar que el límite de la prima, por tal concepto, no puede ser el mismo para todos los países, puesto que la distancia, la facilidad de los medios de comunicación, el tipo corriente del interés y los dispendios y garantías de los contratos de seguro no son los mismos en todas las naciones. Pero en términos generales, cabe fijar en 3 por 100 el máximo de estas primas, y aun en las más de las veces se contienen en 1 por 100 (1).

De manera que, por lo relativo á la especial situación de los cambios internacionales en este primer caso, pueden deducirse como reglas prácticas: 1.^a Que, presuponiendo igualdad de los demás elementos que determinan el precio de las letras, la balanza de comercio no puede por sí sola motivar una prima superior al coste del transporte del mismo numerario, ó sea un máximo de 2 por 100. 2.^a Que, cuando la prima del cambio dista de llegar al límite del coste del transporte del numerario, es síntoma seguro de que las oscilaciones de la importación y de la exportación entre esas naciones deben considerarse como casi compensadas; y además, que cualquiera que sea la superioridad que por otros conceptos corresponda á una de ellas, por lo que respecta á las relaciones del tráfico internacional que entre ellas media, los factores del crédito público y privado y de la circulación fiduciaria y monetaria se hallan en dichas naciones en situación normal y equilibrada.

(1) En 3 por 100 se calcula, por ejemplo, el coste de la conducción del oro de San Petersburgo á Londres con todos gastos de seguro, intereses, etc.; y en 2 por 1.000 se calcula el de la conducción de oro de Madrid á Francia por el procedimiento llamado *de los chalecos*, llevando cada persona 150.000 pesetas. Esta misma conducción facturada por el procedimiento ordinario de transporte, con costas de seguro, intereses, etc., importaría 2 por 100. En tiempo de mucha rarefacción del oro, la rebusca del numerario en el interior aumenta considerablemente estos costes, y eleva, por consiguiente, nuestro *gold point*.

B.—*Límite del precio de las letras entre naciones desequilibradas en su relación comercial.*

Fácilmente se deduce de lo expuesto que una prima en los cambios que exceda de los límites expresados en el caso anterior, por necesidad denota en las naciones una situación económica muy distinta. Pero como también el margen de tales oscilaciones en los cambios es tan considerable, conviene reducir también estas diferencias á los casos generales que pueden presentar.

Entre dos naciones que tienen iguales agentes de circulación—conviene á saber, que sean, por ejemplo, ambas monometálicas oro, ó monometálicas plata, ó igualmente bimetálicas—se dan, sin embargo, casos frecuentes de primas en su cambio internacional, superiores á lo que representa el coste de la traslación del numerario de una á otra. Varios son los factores que pueden determinar semejantes diferencias. Cabe, por ejemplo, que una presente la mayoría de sus efectos á largo plazo de vencimiento, mientras que la otra los haya girado á la vista; cabe que el interés del capital sea muy distinto en ambas, ó que una de ellas supere mucho á la otra en el crédito de sus elementos bancarios; y si en tales circunstancias se produce un estado de desconfianza ó pánico respecto de la solvabilidad de los deudores, la prima del cambio puede en un momento alcanzar proporciones extraordinarias. Acerca de esto, observa Goschen (1) que «todos estos »accidentes de balanza contraria, diferencias de interés del »capital, confianzas de solvabilidad, distancia, pánico, etc. influ- »yen en los cambios en escasa proporción, y que una variación »de 10 por 100 debida á la combinación de todas estas cir- »cunstancias reunidas, se considera como suceso muy extra- »ordinario y no se produce sino en casos rarísimos.»

Ha de haber, por consiguiente, para la valoración de las letras de cambio otro elemento mucho más poderoso que cualquiera de los que quedan indicados, y más también que todos

(1) *Teoría de los cambios*, cap. IV.

ellos juntos, cuando en los cambios figuran primas tan enormes como la de 63 por 100 de pérdida que han conocido los Estados Unidos, 50 por 100 Rusia y Austria, 25 por 100 Italia y aun 280 por 100 la República Argentina. Este factor, que produce él solo en la cotización de los cambios diferencias que se expresan con cifra tan superior á la suma de todos los demás elementos determinadores del precio de las letras, consiste en la depreciación del agente de la circulación dentro de una nacionalidad.

Pero aun este mismo factor, por más que los cambios en que él influye aparezcan con tan enormes diferencias, tiene también sus naturales límites. Los múltiples casos de operaciones de cambio sobre la base de esta depreciación del agente de la circulación pueden resumirse en estos dos: 1.º, cuando el agente de la circulación es papel moneda que, mediante la letra de cambio, ha de convertirse en una cantidad equivalente de numerario en otra nación; 2.º, cuando el agente de la circulación es un numerario de valor inferior al metal amonedado que circula en la nación donde la letra ha de hacerse efectiva: por ejemplo, si, dada la actual depreciación de la plata relativamente al oro, un país monometalista de plata, ó donde la plata haya sustituido de hecho al oro, por más que legalmente figure como bimetalista, tenga que hacer pagos en otro país monometalista de oro.

Primer caso. Cuando el agente de la circulación es papel moneda que, mediante la letra de cambio, ha de convertirse en una cantidad equivalente de numerario en otra nación.

En este caso, la prima á que pueda llegar el cambio internacional aparenta no tener límite. Ya hemos citado, con efecto, ejemplos de operaciones sobre letras al 280 por 100; y pudieran citarse tipos de cotización todavía más altos, sin que en esto sea posible fijar un máximum. Sin embargo, todas estas cotizaciones de cambios que se traducen por cifras de prima tan enorme, son más bien aparentes que reales, y la influencia de la depreciación del agente de la circulación en el coste de cambio tiene también su límite propio. El efecto

inmediato de la introducción del papel moneda en una nación es presentar en completa alteración el precio general de todas las cosas: allí los metales preciosos, amonedados y en barras, pierden su propio carácter de agentes de la circulación y se convierten en mercancía, al igual de cualquier otro producto. El papel de la circulación forzosa es el verdadero patrón de todos los precios, y con arreglo á este nuevo patrón se gradúa el valor de toda mercancía, incluso del oro y de la plata. Por esto, todo figura tener precios mucho más altos, y el precio de los metales graduado en papel moneda se expresa en tipos muy elevados, representativos á las veces del duplo, triplo, cuádruplo y aun quíntuplo del verdadero valor. Pero, por más que las valoraciones se expresen con cifras más altas, en realidad, el poder mercantil que expresa esa cifra en papel moneda no es superior al que se expresaba con una cifra más reducida en numerario; y en las operaciones del comercio internacional que se hayan de liquidar con entrega de numerario fuera del país cuyo agente de circulación es el papel moneda, las valoraciones vuelven á liquidarse sobre la base del patrón oro. De suerte que el límite máximo del premio de las letras de cambio queda reducido en este concepto al equivalente de la conversión del papel moneda en oro; es decir, que la letra sobre el extranjero se costea allí al precio proporcional á la depreciación de la moneda con que se paga, ó sea reduciendo á igual valor oro los dos numerarios distintos que en ella se canjean, y añadiendo además el coste del transporte metálico. De otro modo, el deudor, antes que pagar una prima superior á estos conceptos, liquidaría mediante remesa de numerario.

Mas para los países de circulación de papel moneda, el cambio internacional se complica y agrava con otro factor de extraordinaria trascendencia y por el cual no cabe determinar en realidad un límite á la prima verdadera de las letras.

Aun tratándose de especies monetarias de la circulación de un mismo país, cuando la ley conceda á una de ellas valor superior, ó sea una fuerza pagadora ó liberatriz superior á la que le reconocen en otras naciones, este agente de la circulación, cuyo valor resulta mejorado por ministerio de la ley, es el que

arraiga en dicho país, y el numerario de las otras especies emigra á las demás naciones, por lo mismo que en ellas se encuentra con mayor poder mercantil. Así, por ejemplo, se produjo durante los siglos anteriores en Inglaterra el fenómeno constante de la emigración de la plata, mientras permanecía intacto el numerario oro, á pesar de las mayores facilidades que presta para el transporte. Newton, en su informe de 1717, demostró de un modo concluyente cuál era la causa de esta emigración continua de la plata. El oro, por la ley de acuñación inglesa, tenía allí á la sazón mayor valor proporcional respecto de la plata que el que le otorgaba la ley monetaria de otras naciones; la plata, por el contrario, tenía en el continente valoración mayor que en Inglaterra; de aquí la continua extracción que las demás naciones de Europa hacían del numerario plata del Reino Unido. Es ley constante, con efecto, que en la circulación monetaria de un país, su peor moneda sustituya á las de mejor especie, y aun si se da en abundancia bastante, las elimine por completo.

Por esta razón el inmediato efecto del papel moneda es la desaparición del numerario, y singularmente del numerario de aquella especie metálica que tenga mayor valor comercial, como sucede hoy con el oro. De aquí que para una operación de cambio internacional en países de papel moneda surja habitualmente, como la más grave de todas las complicaciones, la dificultad de poder encontrar el oro preciso para las remesas al exterior; y semejante dificultad con que allí tropiezan los que en una fecha determinada tienen obligación ineludible de hacer pagos en el exterior, los coloca en situación de pagar las letras á cualquier precio; es decir, que la prima del cambio no tiene entonces para ellos verdadero límite: están á merced de los que disponen de efectos sobre el exterior.

Segundo caso. Cuando el agente de la circulación es un numerario de valor inferior al metal amonedado que circula en la nación donde la letra ha de hacerse efectiva.

No pocas de las consideraciones que preceden son también aplicables á la regulación de los cambios en el segundo de

los dos casos que hemos señalado como característicos de situaciones internacionales de grandes primas en los cambios; esto es, en el caso de que un país tenga por agente de circulación un numerario que, si bien no es papel moneda, tiene, sin embargo, valor inferior al metal amonedado que circula en la nación donde la letra ha de hacerse efectiva.

Antes de 1872, cuando el bimetalismo de la Unión latina funcionaba de una manera normal, las operaciones de cambio entre las naciones que tuvieran el oro ó la plata por agente de su circulación ofrecía pequeñas dificultades, y el margen de oscilación de la prima se encontraba necesariamente encerrado en límites cuyo máximo podía preverse en todo tiempo. Si se trataba de operaciones entre dos países, monometálico oro el uno, por ejemplo, y el otro de circulación de oro y plata combinados, las variaciones del precio de las letras entre las dos naciones no podían traspasar los límites naturales que para esto se imponen entre dos países que tienen el mismo agente de circulación. Liquidaban sus deudas tomando el patrón de numerario que les era común, ó sea el oro, y el límite máximo de la prima del cambio venía á ser el coste del transporte del oro. Á su vez las naciones monometálicas de plata, para negociar sus efectos con las monometálicas de oro, tomaban como medianero el bimetalismo de la Unión latina, y su operación de cambio venía á quedar reducida á iguales términos que si se tratase de un país bimetálico con el monometálico de oro.

Pero el bimetalismo de la Unión latina y de las naciones que de hecho se habían asociado á su régimen monetario aparece completamente desquiciado desde 1871. Coincidiendo con la disminución de la producción de oro en el mundo y sobreproducción relativa de la plata, fenómeno económico característico desde 1870 y contrario al que venía produciéndose desde principios del siglo, ó sea la sobreproducción del oro relativamente con la plata; coincidiendo con esta gran novedad en la valoración respectiva de los dos metales, el Imperio alemán, tomando el oro por patrón único, á estilo de Inglaterra, desmonetizó su plata y arrojó al mercado un saldo enorme de este metal, que actúa desde entonces en el merca-

do internacional como simple mercancía. Inglaterra y Alemania han venido á imponer así á todos los demás Estados el empleo exclusivo del oro como moneda liberatriz.

Si antes, mediante el régimen normal del bimetalismo de la Unión latina, que permitía transformar en cualquier tiempo un kilogramo de plata á $\frac{9}{10}$ de fino en igual peso de moneda legal con completa fuerza liberatriz, este metal adquiría fijeza y estabilidad de valor, que garantizaba á su vez á las naciones que lo tuvieran como agente de su circulación un valor no menos estable en sus cambios internacionales, salvo siempre las oscilaciones que son inevitables hasta entre naciones que tienen el mismo patrón monetario, hoy, todo esto se ha alterado profundamente. Los países de patrón de plata y los bimetallistas que no conservan las suficientes reservas metálicas para pagar en oro todas sus obligaciones en el exterior, tropiezan con dificultades hasta ahora desconocidas en el mundo y que traen trastornada toda la economía de los cambios internacionales.

Los países con circulación de plata, que representan juntos 1.300 millones de habitantes (1), encuentran que uno de los factores principales de su régimen monetario, la plata, despojada ya de sus antiguos derechos de libre acuñación, ha perdido la cualidad primordial que antes la hacía tan apta como el oro mismo para la liquidación de la balanza de comercio. Su moneda es ahora un verdadero asignado metálico, sin fijeza ninguna de valor, ni límite siquiera de fluctuación de precio fuera de las fronteras nacionales (2).

Sometida así la plata á fluctuaciones incesantes como ordinaria mercancía, repercute en las transacciones del mercado universal, originando en la cotización de los cambios estados de incertidumbre y vaivén constantes, siendo por esto característico de la presente situación económica de todos los mer-

(1) Para la estadística de la población sujeta á cada uno de los sistemas monetarios, véase C.T. ROSWAG, *L'or et l'argent*, libro II, cap. I, parte, II, § 6-III.

(2) ROBERT BARCLAY, *Essay ou Bimetallism*. OTTOMAR HAUPT, *Gold, Silver und Wahrung*, cap. XIII, *Gold points*. DANA HORTON, *Silver and Gold*.

cados una variabilidad peculiar en los tipos del interés y de los descuentos, y bruscas alzas y bajas con diferencias enormes como nunca se había conocido.

Todo país que tenga alguna circulación de plata necesita ajustar en oro sus obligaciones exteriores, y el precio de las letras de cambio ha de seguir por ello todas las fluctuaciones de la cotización de la plata, lo cual constituye con frecuencia para dichas naciones inconvenientes y quebrantos mayores que el mismo curso exclusivo del papel moneda. Porque, en efecto, contra las depreciaciones del papel moneda los Estados pueden tomar precauciones compensadoras dentro de su propio régimen interior: pueden reducir sus compras en el extranjero, disminuir sus deudas, reducir su circulación fiduciaria, fomentar su producción agrícola é industrial, aplicar con los recursos de sus presupuestos procedimientos de amortización y economía que remedien los daños. Pero no tienen defensa alguna contra el alza y baja del valor de la plata, cuyas fluctuaciones se imponen á la valoración de su patrón monetario. Estas valoraciones están sujetas á agios de especulación entre sindicatos negociadores de metales preciosos, y á combinaciones financieras y rentísticas de otros Estados. Así, por ejemplo, el precio de la plata en el mundo depende hoy principalmente de que los Estados Unidos suspendan su *Silver Bill*; si los Estados Unidos acuerdan suspender sus compras de 4.500.000 onzas de plata mensuales, este metal bajará quizás 30 peniques; si, por el contrario, continúa aplicándose el *Silver Bill*, habrá alza. Á su vez la especulación particular, organizada en poderosos sindicatos, halla en la propia desmonetización de la plata mayores facilidades que nunca para valoraciones ficticias, que los dominadores del comercio de metales preciosos saben hacer repercutir según su conveniencia en la economía pública y privada de las naciones, subiendo ó bajando, lo mismo que las primas de las letras, aunque por vías más indirectas, la cotización de los valores, el tipo de los empréstitos y el valor de la producción industrial y agrícola.

Bien se comprende, teniendo en cuenta este conjunto de datos, que ni el límite de la salida del oro—el *gold point*,—ni menos aún el límite del premio de las letras de cambio,

puede hoy determinarse, para las naciones con circulación de plata, tan fácilmente como antes; y que, además, la circulación del numerario metálico de esta especie viene á colocarlas, para los efectos del cambio internacional, en igual situación que las naciones cuyo agente de circulación sea el papel moneda. Porque, en efecto, la plata acuñada, que hoy es en realidad un verdadero asignado metálico, elimina al oro de la circulación lo mismo, ni más ni menos, que lo hace el papel moneda; y cuando la situación de los cambios ha llegado al punto de la salida del oro, al *gold point*, el numerario oro no parece, y dado caso que se recoja alguna cantidad con laboriosas rebuscas por todos los ámbitos del territorio nacional, esta cantidad es tan exigua que no puede dar abasto á las necesidades del mercado, de modo que los deudores al exterior se ven colocados en la precisión de pagar las letras á cualquier precio; es decir, que la prima del cambio no tiene para ellos verdadero límite: *están á merced de los que disponen de efectos sobre el extranjero*. El numerario plata no les sirve para remesas metálicas en pago, puesto que en esta operación perderían, primero, el coste de fabricación, el del desgaste y el de conducción, y por último, la diferencia entre el valor aparente y el valor real de la plata acuñada en relación con el oro; diferencia esta última cuyo solo concepto implica en los tipos actuales de cotización una pérdida de un 20 ó un 21 por 100.

J. S. DE TOCA.

(Continuará.)





CRÓNICA POLÍTICA

Anuncios de crisis y soluciones esperadas han mantenido en agitado movimiento á las oposiciones, siempre solícitas en avivar inquietudes y alarmas entre los lectores, que todo lo esperan de cambios políticos trascendentales y acaso de complicaciones, desquiciamientos y ruinas.

Los periódicos de Sevilla primeramente, y más tarde los de Madrid, reproducían con fruición inusitada frases y conceptos del Sr. Castelar, jefe visible del posibilismo y ninfa Egeria de los fusionistas acaudillados en la ciudad santa por el Sr. Sagasta. Sus declaraciones de alto vuelo eran las siguientes:

«Y lo que digo de Portugal (que debe encaminar todas sus energías á la formación de un presupuesto de paz y libertad), dígolo también de nuestra España, quien pasa por crisis profunda en este momento, á causa de no haber completado el sistema liberal y democrático de sus leyes políticas y de sus instituciones nuevas con un complemento, con el sistema de sabias economías, exigido por la realización y práctica de los principios democráticos en la congruencia indispensable del presupuesto con el derecho. Imperdonable, lo digo muy alto, á nuestros estadistas y á nuestros partidos gobernantes el criminal descuido con que miran los problemas económicos y el escaso provecho que sacan de la

paz interior conquistada por los triunfos del principio democrático y de la neutralidad exterior impuesta por todos nuestros intereses y todas nuestras conveniencias.....

» Yo de mí diré que los deberes impuestos por la posición política en que mi patria se ha servido colocarme no serán un punto descuidados, y que pienso emprender por las economías una campaña como la en otro tiempo emprendida por el Jurado y el sufragio.»

¿Cómo no recuerda el Sr. Castelar que á sus errores políticos y á los entusiastas amigos suyos se deben los muchísimos y capitales conflictos financieros que hoy nos agobian? ¿Cómo no se hace cargo de que aquellos polvos trajeron estos lodos? También el Sr. Moret analizaba la cuestión económica entre los políticos de un Círculo mercantil y por tradición político; pero varias personas se fijaron, según declaración de sus mismos correligionarios y admiradores, en que «el Sr. Moret, que siempre ha combatido el impuesto sobre la renta, saliera ayer declarándose defensor de dicho impuesto, poniéndose así en contradicción con lo manifestado por el Sr. Sagasta; pero la casi totalidad de los políticos no daba importancia á este detalle.» Algo es más que un detalle, tanto el impuesto sobre la renta como la contradicción manifiesta en que se hallan los Sres. Sagasta y Moret, pues al tratarse de equilibrar los gastos con los ingresos, es necesario ir sabiendo por qué procedimientos piensan los fusionistas conseguirlo.

El Sr. Sagasta coincide con el Sr. Castelar en la cuestión relativa á la reducción en los gastos y formación de un presupuesto nivelado. Para llegar á este fin propone economías en todos los departamentos, y singularmente en los presupuestos eclesiástico y de Guerra y Marina. Á fin de conservar y aumentar nuestro crédito en el extranjero, no está por los empréstitos ni por las medidas extraordinarias: prefiere que paguemos nuestras deudas con el fruto de nuestros ahorros. Parece también que ha desistido por ahora del impuesto sobre la renta. Y en punto á la renta de consumos, el jefe liberal considera que debe desaparecer; pero es el caso que no sabe con qué sustituirla.

El programa del Sr. Sagasta sólo contiene vaguedades y negaciones: proyectos concretos no encierra ninguno. Economías, ¿quién no las desea? Nivelación de presupuestos, ¿quién no la apetece? Pagar nuestras deudas con nuestros propios recursos... ¿quién no tiene ese hermoso *desideratum*? Suprimir el impuesto de consumos, ¿quién no aspira á que desaparezca? Pero en política, sobre todo si habla el jefe de un partido, no basta manifestar deseos: es menester presentar soluciones, y en rigor, ni una sola se encuentra en lo declarado por el Sr. Sagasta.

Cuando había quien soñaba con ver en puertas de un nuevo Gabinete al mismísimo Sr. Sagasta, no faltaron periódicos republicanos que exclamasen convencidos:

«Si el pueblo español no fuese tan desmemoriado, la sola idea de que los fusionistas pudiesen volver á gobernar, sobre todo en estas circunstancias, produciría una tempestad de indignación. Llamar á los fusionistas para que pongan remedio á los males presentes, en los que tanta responsabilidad les cabe, raya en lo absurdo; es lo mismo que si, para salvar á un moribundo, se llamase al médico que con sus desaciertos había agravado la enfermedad.

Los fusionistas, en efecto, no tienen á su favor ningún hecho que los acredite de buenos administradores. Si durante su gestión subió la Bolsa, fué debido á circunstancias especiales del mercado de valores dentro y fuera de España. Mientras gobernaron, el Banco estuvo fuera de la ley, ni más ni menos que ahora. Jamás tuvo el Banco durante esa época, en metálico y en valores á noventa días, las cantidades que está obligado á tener por sus estatutos, ni es de ahora tampoco la inmovilización de su cartera. Siendo poder los fusionistas se arrendó la renta de tabacos, y se consintió al Banco que invirtiera una parte de sus recursos en la compa de acciones de la Sociedad Arrendataria.

Si los cambios no se elevaron al precio de hoy, no fué por lo que hicieran para evitarlo los fusionistas. Hubiera surgido entonces la crisis argentina, la retirada del oro que tenía en depósito Rusia en las bancas europeas, el desastre económico de Portugal, y otros hechos que no tenemos

tiempo de precisar ahora; hubiérase presentado el problema arancelario, y entonces se hubiera visto á qué habría quedado reducida la gestión económica de los fusionistas.....

Escándalos é irregularidades como los que motivaron el proceso del Ayuntamiento de Madrid y se descubrieron en la administración de las provincias ultramarinas dieron al partido fusionista triste renombre. Mandando él se inició la baja de la renta de consumos y tomó el matute un incremento que no ha podido corregirse. Pepe el *Huevero* llegó á ser en aquella época un personaje, y por todas partes se respiraba una atmósfera de corrupción y de venalidad que sirvió á los conservadores de apoyo para solicitar el poder, y de excusa á la célebre corazonada que produjo su advenimiento.

La disidencia de Gamazo se fundaba en la necesidad de hacer economías, que no hizo ni procuró hacer el partido fusionista. En cinco años de poder no fué capaz de realizar ninguna mejora administrativa digna de notarse. Los ferrocarriles económicos, ahí están sin una ley que asegure su construcción. Lo dejaron para lo último y no pudo pasar de proyecto, como tampoco pasaron otros de idéntica importancia. Las discusiones políticas de carácter insustancial; los motines en el Congreso, que llegaron hasta la amenaza contra la Presidencia; las rencillas entre los Ministros; la frivolidad, en fin, en todo, hé aquí lo que hizo el partido fusionista durante cinco años.»

Duro es el ataque de los amigos de Ruiz Zorrilla; pero es un hecho que no han dejado de tener razón sobrada en muchos de los cargos formulados.

Vinieron luego los pronósticos y comentarios acerca de la actitud del Sr. Silvela (D. Francisco), á consecuencia de una carta de Madrid publicada en la Habana. El hecho es curioso.

«Me voy—contó un escritor liberal que había dicho el señor Silvela,—y no dudo que han de justificar mi salida los que de buena fe juzguen mi situación dentro del Ministerio y del partido. No me refiero al menoscabo que sufren mis

intereses particulares con el abandono en que forzosamente he tenido que dejar mi bufete, de cuyos rendimientos, no escasos, vivo. Ese sacrificio es deber á que tenemos que sujetarnos los hombres políticos, por más que una prolongación excesiva puede perjudicar tanto que resulte de poca equidad para el que la sufre. Sin embargo, ésta es la razón más pequeña y para mí menos atendible de mi resolución de dimitir. Desde principios de la legislatura viene dentro de la situación tomando cuerpo la tendencia de atraer y ganar á Romero Robledo. Cánovas, con cierto deseo platónico cada día más acentuado, y Pidal, Elduayen y algunos otros de menor cuantía, con actos más ostensibles, se inclinan y marchan á una reconciliación con nuestro antiguo é inquieto amigo. Piensan que su reingreso en el partido conservador nos daría fuerza y nos evitaría á los partidos de gobierno la perturbación de esos grupos sueltos que, según se lancen á excéntricas aventuras, alteran toda la estrategia política y todas las previsiones imaginables en los Parlamentos. Yo no soy de ese parecer; entiendo, por el contrario, que la vuelta de Romero Robledo, imponiéndonos condiciones, debilita la situación y es de un funesto ejemplo para la disciplina de todos los partidos. Su expiación larga, que sólo puede tener término en una confesión de sus culpas y en un arrepentimiento sincero, mostraría (de ello están necesitadas nuestras costumbres algo disolutas) que no basta para influir en este país tener talento, palabra expeditiva, travesura habilidosa y un puñado de amigos fieles, sino que es preciso algo más.....

»Aun suponiendo que yo cediera á esa insistente aspiración de mis correligionarios más calificados, ¿cree alguien que sirvan mis condiciones y cualidades para realizarla? Faltaríame siempre la voluntad dócil y la flexibilidad de espíritu para una obra que en lo interior se me resiste. Nadie lo creerá tal vez, y, sin embargo, es completamente cierto. Cuando, en los últimos meses de las Cortes, se pusieron de acuerdo Cánovas y Romero para hacer las paces, y yo, venciéndome, llegué á aprobarlo y acepté el cometido de responder á Romero, dándole la bienvenida, en aquel

discurso que entonces dije, parecióme haber agotado todos los encarecimientos de una amistad renovada y todos los anhelos de una paz efectiva. Júzguese cuál sería mi asombro al notar que mis saludos se tomaban como injurias, mis albricias como retos y mis consejos afectuosos como epigramas emponzoñados. Y es que no sirvo, aunque quisiera, para atraer á quien juzgo que no debe estar á nuestro lado sin que, como los cristianos de los primeros tiempos, cuando pecaban, hagan penitencia pública.

»Puestas así las cosas, no se me oculta que Cánovas, lo mismo que Pidal y Elduayen, prefieren que yo siga en Gobernación á que vuelva Romero Robledo, si esta paz implica mi salida. Pero yo no puedo aceptar esa concesión deferente que, al par que me honra, me crea mayores responsabilidades y compromisos, porque como ellos no parten de una convicción tan firme como la mía, viene á recaer sobre mí exclusivamente todo el mal que surja de un rompimiento definitivo con Romero. En las Cortes actuales puede éste hacer mucho daño al Gobierno, y su perspicacia, que es incomparable en achaques de funciones de guerra parlamentaria, le revelará dos posiciones muy ventajosas para abrir brechas en la situación.....

»Como estoy resuelto á no ir al banco azul cuando se reanuden las sesiones, me tengo como un Ministro casi dimisionario y atiendo al despacho de lo corriente; pero no puedo desarrollar planes políticos de un alcance mayor que el de mi próxima salida.....

»Dado este criterio mío (en determinadas cuestiones), ¿puedo hacerme defensor en el seno del Gabinete, cuando pienso salir de él? Entiendo que no, por lo cual perjudica mi permanencia más que mi dimisión. No apuro, sin embargo, al Presidente. Él sabe que este deseo mío es antiguo, y aun cuando me impuso la cartera de Gobernación como condición indispensable para formar el primer Gabinete conservador, yo quedé en retirarme cuando terminaran todas las elecciones que habían de hacerse: ha pasado con exceso el plazo; no le apremio en los días, pero creo conveniente y justo el irme, y me voy.

»Me voy á los bancos de la mayoría, tan adicto, y más si cabe que ahora, al Sr. Cánovas. Daré ejemplo de cómo se apoya y se defiende á una situación alejado de todo cargo público y sin aspiraciones de ejercerlo. No habrá comisión ni trabajo parlamentario donde el Gobierno me necesite á que yo no vaya. Mi dimisión, por lo tanto, no significa discrepancia ni disidencia; complace á los que desean la vuelta de Romero, creyendo robustecerse con su concurso, y no pierden mi apoyo, que ha de ser más tenaz y decidido que nunca.»

Tales eran las declaraciones de un intérprete que tuvo la nobleza de desmentirse á sí mismo, asumiendo por entero la responsabilidad de un trabajo que resultó novelesco. Si, pues, la crisis ministerial ha sido de orden interior del partido, sin que entrañe ni signifique cambio en el espíritu ni en la marcha política; si su solución fué encomendada á persona de tan indisputable autoridad como el señor Cánovas del Castillo, lo que de antemano garantizaba la aceptación espontánea y unánime de todos los conservadores, está claro que las esperanzas de las oposiciones no pueden menos de resultar fallidas, y que á la algarabía con que lanzaron al aire anuncios de resistencias y disgustos domésticos no había de tardar en suceder la normalidad y la calma.

*
* *

La extremada delicadeza del Sr. Villaverde ha sido, según se desprende de sus propias palabras, el motivo único que le ha impedido figurar en el Gabinete reconstituído por el Sr. Cánovas del Castillo. Por su iniciativa en el Consejo de Ministros, lo que representaba y revestía las proporciones de una modificación ministerial reducida, aunque siempre importante por tratarse del Sr. Silvela, adquirió el carácter de una crisis política, ofreciendo todos los Ministros sus carteras á la Reina. Aquella actitud y aquella resolución son en el Sr. Villaverde hijas del sentimiento y no del cálculo, completamente espontáneas y personales, y no impedirán que siga prestando, desde los escaños de la mayo-

ría, á la situación conservadora los grandes servicios que pueden esperarse de su talento, prestigio é inquebrantable adhesión al Sr. Cánovas del Castillo. No cabe ya duda á nadie de que el Gabinete Cánovas, modificado, representa como antes á la mayoría parlamentaria; de que el cambio no ha sido de programa, sino de orden interior del partido conservador; de personas, si bien de personas muy importantes, y no de cosas; de que no ha tenido por objeto ni siquiera una conjunción de elementos más ó menos afines, sino, en primer término, la reintegración en las filas conservadoras de elementos análogos y á los que la opinión excitaba ha mucho tiempo á realizar ese acto, espontánea é incondicionalmente, en la forma en que lo ha verificado.

En vez de anticipar juicios ó de formular censuras extemporáneas, esperemos los actos del Gabinete antes de discutirlos apasionadamente, como los discute ya antes de verlos la prensa de oposición sistemática.

Algunos periódicos lo han dicho: «La crisis actual ha hecho desaparecer un grupo político que venía siendo considerado como una perturbación en la política y una dificultad á la marcha ordenada de los partidos. Mirada la cuestión así, es indudable que la crisis actual ha sido provechosa, sin que afirmemos que las ventajas son bastantes á compensar los inconvenientes que pueda aquélla acarrear, pues esto dependerá del desarrollo de los sucesos.» Los partidos monárquicos liberales, procediendo lógicamente, no pueden menos de felicitarse de que los hechos vengán á demostrar que sigue preponderando en la política española la tendencia á la concentración de fuerzas.

Desde que el Sr. Silvela abandonó el Gabinete, muchos amigos suyos de Valencia, de Córdoba, de Barcelona, de Cádiz y de otros puntos, que conocen la importancia de aquel político que ha venido dirigiendo desde el Ministerio de la Gobernación los elementos conservadores, escribiéronle preguntando cuál era la actitud en que debían colocarse, y á todos contestó diciéndoles que le imitaran en su conducta perfectamente ministerial, que robustecieran la

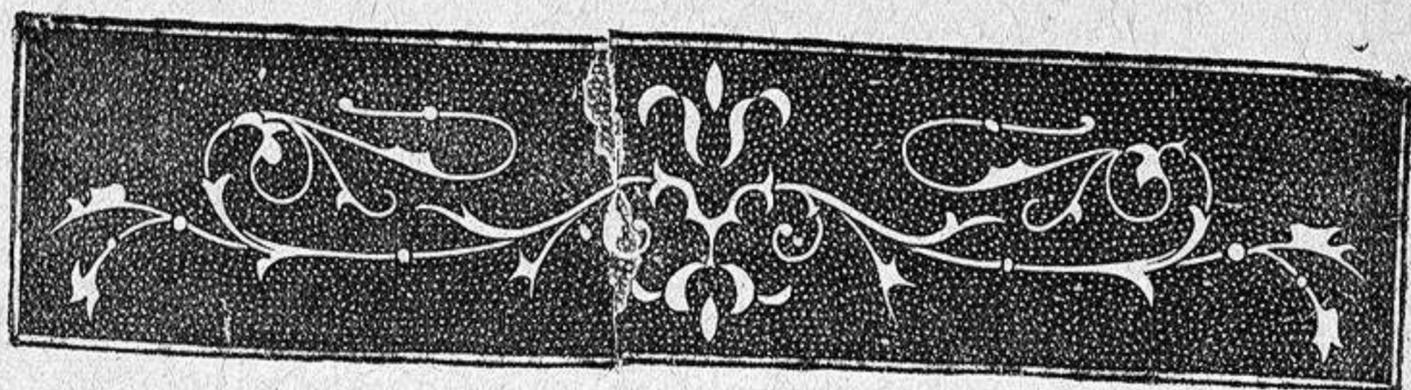
autoridad del jefe indiscutible para hacer más fácil el desenvolvimiento de la política, y por último, que procuren alejar lo posible el día en que deba someterse el país de nuevo á la agitación que traen consigo las elecciones.

Los nuevos Ministros han celebrado ya Consejo en Palacio. El Sr. Cánovas del Castillo enteró á la augusta señora de los acontecimientos de mayor bulto que señala la crónica exterior de estos últimos días, fijándose principalmente en la significación del viaje de los Reyes de Portugal y en los sucesos políticos del Brasil, así como también en la situación económica de Europa, que tiende á normalizarse por fortuna.

Respecto á nuestros asuntos, parece que el jefe del Gobierno reflejó el estado relativamente satisfactorio del mercado de valores, el criterio en que ha de inspirarse para la negociación de los tratados de comercio, la atención que dedica á las cuestiones exteriores, procurando que se considere en lo que vale nuestra política internacional, y por último, el propósito de convocar las Cortes para la fecha que ya hemos indicado. Expuso asimismo el Sr. Cánovas que la constitución del nuevo Gabinete respondía al principio que hoy informa á los partidos, bien diferente de aquellos tiempos en que los dividían tan grandes diferencias que cada cual tenía una Constitución; que no creía preciso exponer su programa, porque era el mismo del Gabinete anterior, proponiéndose desde luego acometer resueltamente la solución de los problemas económicos y financieros con el concurso de todos los partidos, por tratarse de una obra que interesa á la Nación entera.

A.





REVISTA EXTRANJERA

Terminaron en Roma las sesiones del Congreso *de la Paz* y la Conferencia parlamentaria internacional reunida con el mismo objeto.

Se pide un tribunal arbitral en Europa y se desea también que las potencias de segundo orden sean representadas en todos los Congresos europeos, puesto que, sumados, suponen sesenta millones de habitantes interesados en los destinos del mundo.

Pero mientras esto ocurría, el último discurso del Emperador de Austria vino á demostrar cuán lejanos están los ideales de los que aspiran á la desaparición de la guerra, y cuán inestable es el equilibrio en que se mantiene Europa. Las palabras del Emperador Francisco José eran, sin embargo, expresión de una verdad que está en la conciencia de todos, á saber: «Que las continuas protestas que se hacen en favor de la paz deben interpretarse con cierta reserva, pues la esperanza no debe confundirse con la certidumbre.»

Se habla de la guerra y se habla del desarme; pero la guerra es una incógnita pavorosa que ninguna nación se atreve á arrostrar; y en cuanto al desarme, no pasa de ser

una utopía impracticable, dadas las mutuas desconfianzas que á cada paso se revelan entre unas y otras potencias. No puede olvidar Francia la pérdida de Alsacia-Lorena, ni puede tolerar que la ocupación de Egipto por los ingleses se convierta en anexión definitiva, haciendo del Imperio de los Faraones una nueva India. Rusia quiere cumplir el testamento de Pedro el Grande, extendiendo su dominación hasta Constantinopla, y aspira á la vez á ensanchar sus dominios en Asia hasta las fronteras mismas de la India inglesa. Italia, apartada por la triple alianza de sus miras hacia el Trentino y Trieste, hace de Niza y de Trípoli el objetivo de sus secretos deseos. Austria-Hungría aspira á extender su influencia en los Balkanes; y Alemania por su parte, aunque tiene razones para estar más satisfecha que nación alguna con su actual situación territorial, tiene muy presente el origen germánico de las provincias bálticas del Imperio ruso. Sólo Inglaterra, entre las grandes potencias, puede cifrar su ideal en el mantenimiento del *statu quo*, que le permite la posesión de hecho del Egipto, sin los riesgos de una anexión declarada.

No debe, pues, extrañarnos que los periódicos ingleses publiquen telegramas de sus corresponsales en Berlín diciendo que en el arsenal de Spandau se nota extraordinaria actividad, habiéndose emprendido de nuevo todos los trabajos que se habían suspendido después del 15 de Setiembre. Por orden del Ministro de la Guerra, en todos los departamentos del arsenal se ha aumentado considerablemente el número de trabajadores; en el laboratorio de materias explosivas se trabaja catorce horas al día, y de diez á doce en la sección de artillería.

Como esta extraordinaria actividad ha coincidido con el viaje á la frontera rusa del general Rossenberg, enviado por el mismo Emperador á inspeccionar la caballería allí acan-

tonada, no han dejado de causar estos hechos cierta ansiedad. Sin embargo, si hemos de dar crédito á lo que se dice, nada tiene que ver la inspección de la caballería con la actividad en los arsenales, la cual responde á la necesidad de aumentar el contingente de la fuerza de artillería, cuya deficiencia numérica, con relación á las demás armas y á la que tienen otras naciones, se ha demostrado en las últimas maniobras militares.

Ciertamente que en la estación presente, y á las puertas de un invierno rigoroso, fuera exceso de pesimismo creer que esos trabajos y esas inspecciones y los grandes pedidos á las fábricas de Pittsburgo en los Estados Unidos de botijos y cápsulas pudieran ser preparativos ó presagios de próxima guerra; pero sea porque Europa tiene plétora de hombres armados, los cuales quisiera ver en sus casas trabajando ó cultivando los campos, ó por lo que fuere, lo cierto es que, cuando se habla de comprar un fusil más, el espectro de la guerra aparece inmediatamente.

El Presidente del Consejo de Italia espera que la guerra no venga á afligir á Europa. La nueva constitución de grupos de potencias amigas y aliadas no le preocupa, pues que sólo manifiestan en forma visible el equilibrio, garantía de seguridad y de paz. La experiencia ha demostrado ya que las alianzas de nuestros tiempos, que son alianzas de los pueblos, no tienen otro objetivo que el de su mutua defensa.

«Renovando los vínculos que nos enlazan á las potencias germánicas—añadió,—el Gobierno del Rey de Italia cree haber cimentado un estado de cosas idóneo á desenvolver la política de recogimiento que todo impone á Italia. Deseosa de mantener el *statu quo*, principalmente en el Mediterráneo, es un elemento de paz, y con su actitud conciliadora, lejana hasta de polémicas irritantes, se ha procurado la confianza de sus aliados, el respeto y la amistad de todas las grandes

potencias. Así el pueblo inglés y su gloriosa Reina, recordando la fraternal amistad con el Monarca italiano, hacían á su Príncipe heredero la acogida más afectuosa, inspirando á Italia el más vivo reconocimiento. Nuestras buenas relaciones con Rusia prestaban no ha mucho, con un suceso reciente, nuevas garantías á la paz. Acerca de Francia hemos hecho todo lo posible para disipar sospechas y desconfianzas, con el éxito que demuestran las manifestaciones de Niza.»

Tal es el programa con que el Gobierno se presentará al Parlamento.

Salvo una frase poco feliz, concedida á pasiones malsanas—olvidando el Ministro del Rey que pocas horas antes, en el aniversario de Mentana, los Menotti Garibaldi y los revolucionarios franceses de la estofa de Hubbard proclamaron, ante el ara del monumento á los garibaldinos, la abolición del Pontificado espiritual, y dejaban adivinar la fraternidad republicana entre Italia y Francia,—frase en que dijo que el Papado adoptaba á veces actitudes de amenaza, el lenguaje del Marqués de Rudini, aun sosteniendo la unidad italiana, fué inspirado en miras de hombre de Estado al declarar con energía que no permitirá discutir aquella parte del Estatuto constitucional que proclama la religión católica como religión del Estado, que la ciudad de Roma estará siempre abierta para los peregrinos de todas las partes del mundo, garantidos por las leyes cuando vengán á ofrecer homenaje al Sumo Pontífice, al cual Italia, fuerte al presente y segura del porvenir, al propio tiempo que le dispensará honores soberanos, garantizará la mayor libertad, permaneciendo inmutable la ley orgánica y constitucional de las garantías pontificias.

Sobre África anunció las mejores relaciones con los reyezuelos del Tigré y de Harrar, lugartenientes de Melenik, cerca de los cuales Italia tiene ya representantes que man-

tengan la cordialidad en las fronteras abisinias, prometiéndose renovar la buena amistad con Melenik, desde el momento en que no aspira ni á conquistas nuevas ni á protectorados como el que quiso imponerse, con poca meditación, al Imperio etíope; no siendo dirigida la política del actual Gobierno por los principios que inspiraron la audaz ocupación de Adua y la guerra que la dignidad nacional hizo necesaria contra el Negus Juan.

*
* *

Gravísimas noticias del Brasil dan idea de la crisis política por la que aquel país atraviesa, desde que en 15 de Noviembre de 1889, el mariscal Deodoro de Fonseca inició la revolución contra el Imperio, y con ella su propia dictadura. Queda justificada hoy una forma de gobierno que, suavemente ejercida, era, como se está viendo, la más propia para mantener la unidad de un conjunto artificial como el Brasil, juntamente con el grado de libertad que permitía el estado intelectual y moral de aquel pueblo. El Brasil, inmenso territorio con ocho millones de kilómetros cuadrados (16 veces próximamente la superficie de España), con inmensas provincias muy desigualmente pobladas, ricas y prósperas las marítimas, que reciben la inmigración europea, pobres y casi desiertas las del interior; el Brasil, con tantos intereses diversos y tan opuestos, encontró espíritu de equidad y compensación mientras existió el Imperio, que á todos atendía en la medida de sus fuerzas; pero no puede menos de dividirse desde que falta una autoridad central que vigile por el interés común, y desde que sustituye á esa autoridad una dictadura que no aspiraba más que á sostenerse y que ha pervertido y desmoralizado rápidamente toda la administración pública.

En particular, la provincia de Río Grande *do Sul*, la más

meridional de las brasileñas, lindando con la República Argentina y con el Uruguay, con un clima suave, análogo al del Mediodía de Europa, y favorecida, á causa de esto, por una corriente de inmigración europea, y en especial alemana, ofrece caracteres distintos y diversos, y nadie ha extrañado que por ella comenzase el movimiento *separatista*, principio de la disolución de un Estado que mantuvo unido el Imperio.

Por virtud de la renuncia del mariscal Deodoro de Fonseca, le ha sucedido interinamente en la Presidencia de la República del Brasil el Vicepresidente de la misma, general Floriano Peixoto.

El general Peixoto ganó la mayor parte de sus grados en los campos de batalla del Paraguay. Entró en el ejército de soldado raso, era subteniente al comenzar la guerra entre el Brasil y el Paraguay, y en la batalla de Aquidabán, que puso fin á esta campaña, mandaba ya un regimiento.

Al ocurrir la revolución que destronó al Emperador don Pedro, Peixoto era mayor general del ejército, puesto que conservó mientras Benjamín Constans estuvo al frente del Ministerio de la Guerra. Cuando Constans pasó al departamento de Instrucción pública, el general Peixoto le reemplazó en el de Guerra; más tarde presentó su dimisión, con todos los individuos del Gobierno provisional, para no asociarse al escandaloso asunto del puerto de Torres. Elegido senador por el Estado de Alagoas, tomó parte en los trabajos de la Asamblea Constituyente y fué elegido casi por unanimidad Vicepresidente de la República, cargo que lleva anejo el de Presidente del Senado.

Téngase ahora en cuenta que el pronunciamiento contra Fonseca ha tenido origen en la vasta y poblada provincia de Río Grande, y que esa provincia de *Río Grande do Sul* cuenta con una superficie de 230.000 kilómetros cuadrados

(algo menos que la mitad de la de España) y una población de 600.000 habitantes, de los que próximamente 200.000 son alemanes. Hay quien supone manejos por parte de Alemania, y se recuerda que al estallar en el Brasil la revolución militar de 15 de Noviembre de 1889, el Canciller von Capri-
vi propuso á las grandes potencias de Europa una intervención colectiva, fundándose, entre otros motivos, en que la provincia de Río Grande do Sul era de hecho una colonia alemana.

Datos son éstos ciertamente para probar que Alemania tiene grandes intereses comprometidos en el Brasil, y que seguirá con preferente atención cuanto allí ocurra; pero que no son suficientes para atribuirle el propósito de intervenir directamente, exponiéndose á un choque con las Repúblicas sudamericanas y con los Estados Unidos, donde acaba de reverdecer la doctrina famosa de Monroe. La dictadura nada gloriosa de Fonseca ha contribuído mucho á un estado de cosas triste para América, y que está ya repercutiendo con doloroso eco en la situación financiera de Europa.

S.





BOLETÍN BIBLIOGRAFICO ⁽¹⁾

L'homme dans la nature, por PABLO TOPINARD, antiguo secretario general de la Sociedad Antropológica. — París, Félix Alcan, editor, 1891.—En 4.º. 360 páginas y 101 grabados en el texto. Encuadernado en tela: 6 pesetas.

Pertenece esta obra á la *Biblioteca científica internacional*. Mr. Topinard es alumno, colaborador y continuador de Broca. Expone en la primera parte del libro los resultados de sus investigaciones personales sobre la Antropología, las cuestiones á que da origen esta ciencia, los datos positivos que ha obtenido y los desengaños con que ha tropezado. Mr. Topinard da pruebas de sinceridad no ocultando los puntos flacos de una labor en la que ha sido uno de los principales obreros. En la segunda parte recuerda el cuadro que Huxley y Broca trazaron hace un cuarto de siglo; expone y discute, á la luz de los últimos descubrimientos, todos los datos referentes al gran problema del origen del hombre. Á pesar del profundo abismo que separa al género humano del resto de los animales, Topinard—equivocándose, á nuestro juicio—se inclina á creer que el hombre es producto de una

(1) Los autores y editores que deseen se haga de sus obras un juicio crítico, remitirán dos ejemplares al Director de esta publicación.

larga evolución que comenzó en las clases inferiores de los vertebrados, y cuyas fases sigue el autor hasta el orden de los primates, en el que la especie humana forma una rama distinta.

*
* *

La Civilisation et la Croyance, por CARLOS SECRÉTAN. Segunda edición.—París, Félix Alcan, editor, 1892.—En 8.º, 396 páginas: 3,50 pesetas.

En poco tiempo se agotó la primera edición de esta obra, y sale á luz la segunda cuando están sobre el tapete las cuestiones sociales. Esfuérazse el autor por establecer la estrecha relación que liga al problema filosófico, que estudian los sabios, con el problema de la civilización, que es de supremo interés para todos. Presenta en cada nación las diversas clases que están prontas á luchar entre sí. Inquiriendo la manera de evitar la catástrofe, cree hallarla en el vigorizamiento de las influencias que ahora tratan de diferirla.

Si se extinguiese el odio en el corazón del proletario mediante un interés por su bienestar, se detendría el progreso del socialismo dividiendo sus huestes. La clase ilustrada debe tomar la iniciativa haciendo sacrificios, á los que no se decide ni aun ante la perspectiva del peligro. Hay que vivificar el sentimiento del deber en gran número de personas para restablecer el equilibrio, que está amenazado. Para esto procura el autor sentar las bases de una filosofía que fortifique los móviles desinteresados y que devuelva su importancia á la religión.

*
* *

La magie por G. PLYTOFF París, J. B. Baillièrre et fils, editores, 1892.—En 8.º, 325 páginas con 71 figuras en el texto: 3,50 pesetas.

Parece temerario publicar á fines del siglo una obra acerca de la magia. Cuando se considera las ciencias ocultas desde su verdadero punto de vista, no son tan extrañas como or-

dinariamente se cree; entran, por el contrario, en la categoría de las ciencias modernas, que dirige un principio general de método analítico, y han estado acertados los editores de la *Biblioteca científica contemporánea*, cuyos anteriores volúmenes tan buena acogida han tenido, al dar á conocer las ciencias ocultas de que todos hablan, sin estar enterados de en qué consisten.

«La ciencia, dice un sabio inglés, debe tomar en cuenta y sin temor cualquier problema que francamente se le presente.»

Comienza el tomo con la reseña de las bases de las ciencias ocultas, á la que sigue el estudio de la magia, la brujería, la alquimia, la astrología, etc. Concluye con el examen de los conocimientos de los antiguos. Es un libro tan curioso como distraído.

*
* *

Dos dramas de escuela, por E. DE AMICIS. *Versión española de H. Giner de los Ríos.*—Madrid, Sáenz de Jubera hermanos, editores, 1892.—En 8.^o, 364 páginas: 4 pesetas.

Puede asegurarse que el insigne escritor italiano Edmundo de Amicis tiene en España tantos admiradores como en su patria misma; así es que para los que conocen sus libros no hay mejor elogio que el nombre del autor. Tres trabajos componen su última obra, titulados: *Un drama en la escuela*, *La maestra de los obreros* y *Latinorum*. En todos se advierte la finura de observación y las grandes condiciones de literato del autor de *Cuose*. El lector se encariña con Faustina Galli, la maestra de instrucción primaria; toma afecto á los niños que figuran en las narraciones, y deja el volumen con sentimiento al llegar á la última de sus paginas, porque le parece muy corto.

Ofrece este libro la circunstancia de que sale á luz traducido al castellano antes que se publique en italiano, y la de que una de las partes que lo componen va á ser conocida en España antes que en Italia.

*
* *

Investigaciones filosófico-matemáticas sobre las cantidades imaginarias, *por* APOLINAR FOLA IGURBIDE.—*Segunda sección.*—*Alicante, 1891.*—*En 4.º, 194 páginas: 6 pesetas.*

«De singular mérito» calificó la Real Academia de Ciencias la primera parte de esta obra, y no exageró al calificarla como de indisputable utilidad para cuantos se dediquen al estudio de las matemáticas y al creer que «influiría eficaz y ventajosamente en la manera de presentar la ciencia en las obras dedicadas á la enseñanza.» Puede afirmarse que la segunda sección acredita al Sr. Fola de profundo matemático á la vez que de pensador concienzudo, porque acierta á desenvolver su tema difícilísimo de modo magistral. En una breve nota bibliográfica de un periódico literario no cabe entrar en el fondo de producción tan importante y trascendental; hay que ceñirse á anunciar su publicación para que se apresuren á estudiarla los matemáticos y que poner punto, no sin enviar antes cordialísima norabuena al sabio modesto que á tanta altura coloca el nombre de nuestro país en las ciencias exactas. Hoy es individuo correspondiente de la Academia de Ciencias; cuando resida en Madrid, entendemos que nadie podrá disputarle el primer sillón que vaque en la sección de Exactas.

*
* *

La escultura antigua, *por* PEDRO PARÍS, *individuo de la Escuela francesa de Atenas. Versión española del Vizconde de Palazuelos.*—*Madrid, La España Editorial.*—*En 4.º, 349 páginas con 184 grabados en el texto: 4 pesetas.*

Precioso volumen, muy bien traducido y muy ameno, que se compone de dos partes: la primera, consagrada á Egipto, Asiria, Fenicia y demás pueblos del Asia, cuyas artes tuvieron algún contacto con las helénicas; la segunda, dedicada á Grecia y Roma, es bastante más extensa, pues el autor ha tenido el acierto de conceder á Grecia el privilegiado y amplio lugar que en la historia de la plástica le corresponde. Procura además describir con exactitud y expresar sincera-

mente sus impresiones particulares. Los muchos y primorosos grabados que contiene la obra aumentan su atractivo.

El número II del *Nuevo Teatro Crítico*, que también publica La España Editorial, es muy notable.

*
* *

La educación sentimental. *Historia de un joven*, por GUSTAVO FLAUBERT. Versión española de H. Giner de los Ríos.—Madrid, librería de José Forro, Paz, 23.—En 8.º, dos tomos de 368 y 403 páginas: 5 pesetas.

Una de las personalidades más discutidas y de mayor realce entre los modernos noveladores franceses, ha sido Gustavo Flaubert, á quien se considera principal fundador de la escuela naturalista. Su libro *Madame Bovary* dióle gran celebridad, y no poco contribuyó también á su fama la novela intitulada *La educación sentimental*, que con toda exactitud y corrección ha traducido al castellano el laborioso y docto escritor D. Hermenegildo Giner de los Ríos. Forma aquélla dos tomos de mucha y muy interesante lectura; el estilo sumamente cuidado, y la trama perfectamente urdida y muy interesante.

*
* *

Homenaje á San Juan de la Cruz.—Madrid, 1891.—En 4.º, 260 páginas con la fotografía del insigne reformador de la orden Carmelitana.

Publica este volumen, que es una joya literaria y tipográfica, D. León Carbonero y Sol, director de *La Cruz*, quien, dotado de actividad incansable y de mucha erudición, tiene ya dados á luz quince centenarios. Forma el libro veintidós capítulos, en los que el autor expone la vida del extático Padre, su genealogía, retrato é imágenes, documentos auténticos relativos á la beatificación, canonización y culto, catálogo de los principales autores que han escrito la vida de San Juan de la Cruz, obras de éste, ediciones, traducciones y

juicios de las mismas, su influencia en el desarrollo de la literatura española, sus dictámenes inéditos, obras y estudios especiales sobre San Juan de la Cruz, sepulcro en que fué enterrado, reseña del convento en que se venera el cuerpo, nota de las reliquias extraídas y otros particulares oportunos.

¡Lástima que por un capricho de bibliófilo, el ilustre autor no venda los lujosos ejemplares que ha estampado de su magnífica obra, modelo de bien decir!....

Estè trabajo es digno del eminente varón á quien se consagra. No se nos ocurre más para elogiarlo.

*
* *

Otras publicaciones.

Por nuestra música.—Barcelona, 1891.—Curioso opúsculo de D. Felipe Pedrell, quien ha puesto en música el poema de Balaguer *Los Pirineos*.

Discurso leído por D. Gumersindo Azcárate en el Ateneo de Madrid.—Es de gran mérito.

Memoria del curso de 1889 á 90 en el Instituto de León.—Está escrita por D. Manuel Hernández Cosío, docto catedrático de aquél, y por ella se ven los satisfactorios frutos de la enseñanza, pues ha habido mayor número de sobresalientes que de suspensos, y de las 295 inscripciones sólo 16 han perdido curso. Prueba clara de la aptitud y desvelos del Claustro de profesores.

Teatro Moderno.—Seis números se han publicado ya de esta excelente revista, que aparece adornada por multitud de dibujos. La prensa y las gentes de buen gusto se hacen lenguas de periódico tan bien escrito.

Los animales y los vegetales, por D. José Fatás, maestro de primera enseñanza normal. Cuarta edición. Huesca, 1891. En 8.º, 195 páginas. Encartonado, una peseta.—Con justicia se ha declarado de texto este libro, porque su autor con sen-

cillez y estilo correcto inculca á los niños ideas muy útiles respecto á las ventajas ó inconvenientes que ofrecen algunos animales y á los grandes beneficios que las plantas proporcionan.

Discurso que en la solemne apertura del curso académico de 1891-92 en el Real Colegio del Escorial pronunció el profesor del mismo R. P. Fr. Fidel Faulín, agustino. Madrid. En 4.º, 48 páginas.—Hé aquí un trabajo de síntesis admirablemente hecho, que pone de realce los extraordinarios talentos del insigne profesor agustino, naturalista y filósofo.

Demuestra brillantemente la perfecta armonía que hay entre los adelantos de la ciencia y nuestra religión. Mil parabienes al ilustre y modesto Padre Faulín.

Catalina Blum, por A. Dumas, padre. Traducción de Torcuato Tasso Serra. Barcelona. En 8.º, 316 páginas. Una peseta.—Novela muy interesante que entretiene agradablemente. Traducida con mucho esmero por el laborioso é ilustradísimo Sr. Tasso.

Almanaque Sud-Americano para el año 1892. Barcelona, Espasa y Compañía, editores. En 8.º, 270 páginas con multitud de grabados.—Precioso volumen con cubierta de colores y oro. Contiene trabajos de Edmundo de Amicis, Balart, Campoamor, Castelar, Oller, Ossorio y Gallardo, Manuel del Palacio, Reina, Salvador Rueda y de otros muchos. Publica excelentes retratos de algunas celebridades literarias.

*
* *

Entre las varias jurisprudencias que anualmente publica la acreditada casa editorial del Sr. Góngora, principalmente para los suscritores de la *Revista de los Tribunales*, que dirige el Sr. Romero Girón, acaba de ver la luz recientemente un tomo que contiene la jurisprudencia civil correspondiente al año 1890. Compréndense en dicho tomo todas las sentencias dictadas por el Tribunal Supremo, tanto en su Sala primera como en la tercera (en lo que se refieren al

derecho civil), publicadas en la *Gaceta* desde 1.º de Enero hasta fin de Diciembre de 1890. La importancia que empieza á tener esta jurisprudencia por los muchos casos dudosos y las múltiples aclaraciones que de lo preceptuado por el moderno Código civil ha de contener, hacen de esta publicación, que siempre fué interesante y muy útil para los que al estudio del derecho se dedican, un libro indispensable ahora, principalmente para los encargados de su aplicación práctica.

A.

